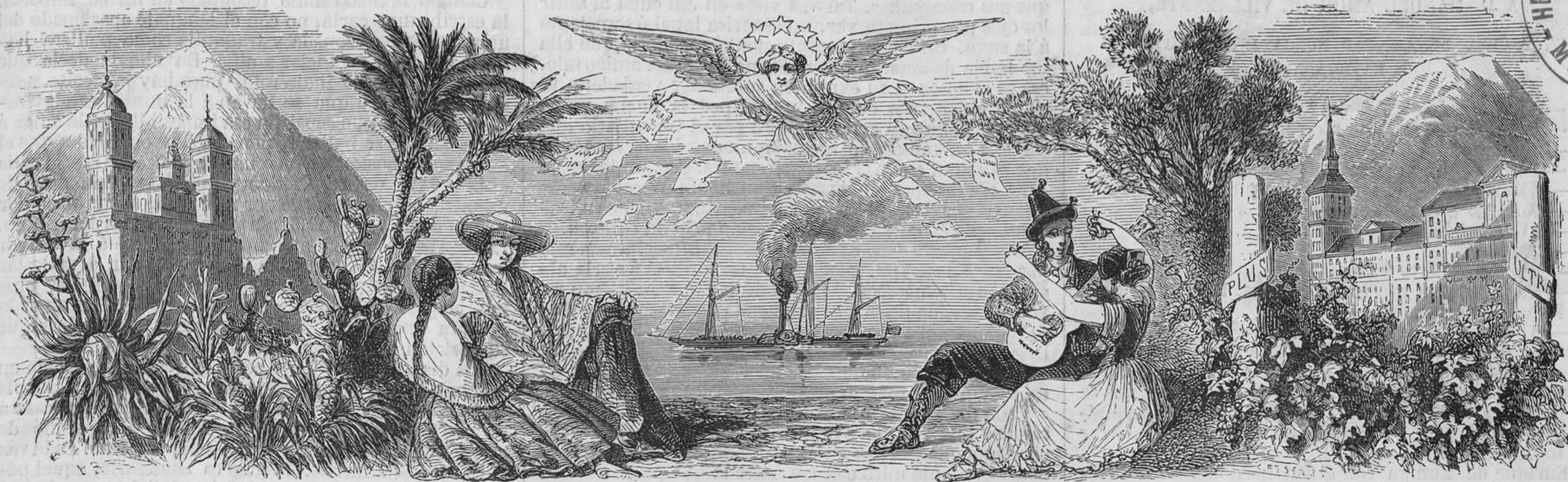


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1856. — TOMO VII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 15. — N° 177.

Administración general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en París.

SUMARIO.

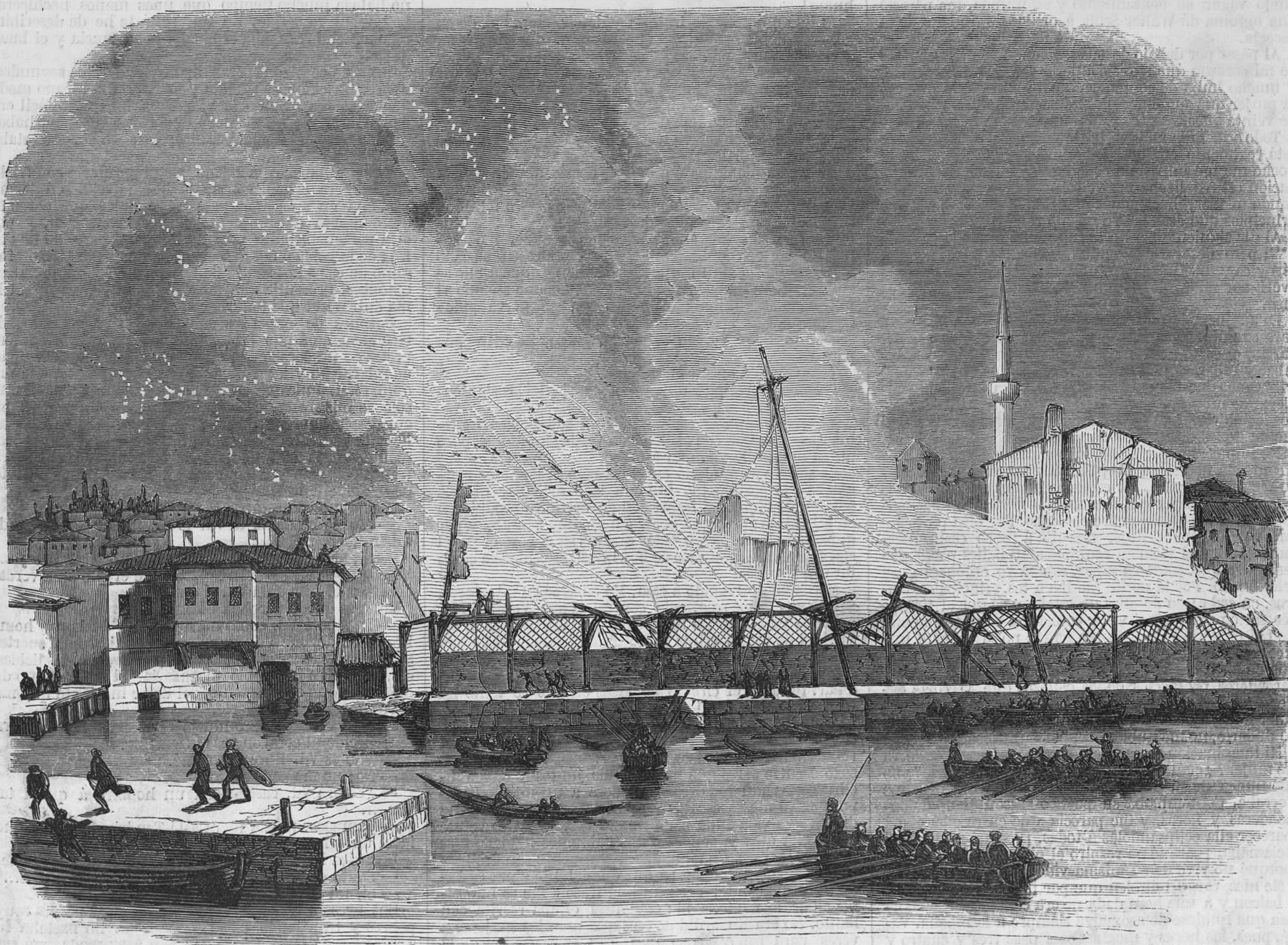
Incendio del almirantazgo inglés en Constantinopla; grabado. — **Ilusion desvanecida.** — **Revista de París.** — **Crimea;** grabado. — **Ligeros apuntes sobre la Argelia;** grabados. — **Hombres ilustres de la América española.** — **Saint-Cloud;** grabados. — **Cuadros brasileños.** — **Para un álbum.** — **A Alhaurin.** — **Nueva-Caledonia;** grabados.

— **Exposicion Universal (de la) Industria.** — **Lelia.** — **El Egipto;** grabados.

Incendio del almirantazgo inglés en Constantinopla.

En la noche del 12 al 13 de abril á eso de las doce, siete cañonazos anunciaron en Constantinopla que aca-

baba de declararse un incendio. La torre de Galata y la torre de Seraskier se iluminaron inmediatamente, y al punto los socorros se dirigieron al barrio de Sali-Bazar donde se hallaban situadas las oficinas del almirantazgo inglés que era el edificio que estaba ardiendo. Todo lo restante de la noche se trabajó en apagar aquel vasto foco de llamas, pero hasta la mañana siguiente no se pudo dominar el fuego, sobre el cual se dirigian todavía las bombas á las tres de la tarde. La pérdida de las construcciones es casi completa.



Incendio del almirantazgo inglés ocurrido en la noche del 12 de abril de 1856 en Constantinopla.

ILUSION DESVANECIDA.

Á D. MANUEL AMOR DE VILLASANTE,

EN PRUEBA DE AMISTAD NUNCA INTERRUMPIDA NI ENTIBIADA.

— ¿Has amado alguna vez?
 — Sí; pero mas vale no recordarlo.
 — ¿Porqué?
 — Porqué sufrí mucho.
 — ¿Murió tal vez el sér en quien pusiste el cariño?
 — No: fué mucho peor que eso.
 — ¿Una infidelidad?
 — Tampoco.
 — Pues no acierto á comprender...
 — Ya me cansas con tus preguntas. Pareces un juez al formar una sumaria.

— Al contrario, soy un anatomista del corazon humano y desearia saber esa página de tu vida.

— Deja tu escalpelo y ya que tanto interés manifiestas, voy á contarte en que circunstancias tan fatales se hallaba la única mujer por quien mi corazon ha palpitado de amor y cuyo recuerdo no he logrado desterrar de mi imaginacion.

Enrique de Zuñiga con quien hace algunos meses tuve el diálogo anterior, ocultó en su blanca y aristocrática mano su rostro interesante y en el cual se veian las huellas del sufrimiento, y procurando reunir y coordinar sus ideas me refirió lo que sigue:

« Habrá como cosa de unos cinco años que pasando incidentalmente por la calle de V*** ví asomada á un balcon á la criatura mas hermosa que te puedas imaginar. Julia, pues luego supe era este su nombre, podria tener entónces unos diez y ocho años á lo mas. Aun me parece ver sus ojos negros y de lánguido mirar, sus cejas finas y arqueadas propias del tipo judaico, su nariz robada á la belleza griega y su boca en la que se dibujaba una sonrisa sentimental y amarga al mismo tiempo. Llevaba un vestido de muselina blanca con florecillas de color azul celeste. Sus cabellos de azabache estaban recogidos en dos moñitos entrelazados con un ligero adorno de terciopelo negro que al caer por detrás hacia resaltar la hermosura de su cuello. Blandamente recostado su rostro hechicero en la mano izquierda, dejando vagar su pensamiento y su mirada, me pareció una heroína de Walter-Scott á orillas de un lago de la Escocia.

Al pasar por debajo de sus balcones, sentí los latidos de mi corazon que parecia querer salirse de su centro, y mucho hube de contenerme para no decirle que era la mujer que amaba y la realizacion de mis ensueños de veinte años.

Todo aquel dia anduve triste y pensativo, como quien está realmente enamorado. Comí sin apetito y por la noche me fué imposible conciliar el sueño. Mi imaginacion estuvo hecha un volcan construyendo y derribando planes, haciendo suposiciones y estableciendo principios que despues yo mismo rebatia.

Al dia siguiente pasé á la misma hora por la calle de V***; pero desgraciadamente estaban todos los balcones cerrados y la mirada mas indiscreta no hubiera podido averiguar nada de lo que pasaba en el interior de la casa.

La ausencia del sér á quien ya amaba me dió fuerza para examinar lo solitario y aristocrático á la vez del barrio, el corte elegante de la casa que mi ídolo habitaba, y reparar que frente por frente á sus balcones no habia mas que una larga y elevada tapia de ladrillo cubierta de musgo y vegetacion en su parte superior. Todos los objetos que la rodeaban se presentaron á mi mente llenos de poesía y de misterio.

Me impuse la obligacion, ó por mejor decir, se hizo en mí una necesidad el pasar diariamente por la calle de V***. Seguí, pues, por espacio de unos ocho dias continuos pasando por ella á la misma hora; pero sus balcones permanecian siempre cerrados. Por otra parte Julia, por lo que deduje, no salia á paseo casi nunca, jamás la habia visto en reuniones ni bailes particulares, y eso que, como tú sabes, estaba yo entónces muy relacionado. Por la noche me iba á los principales teatros, en cada uno de ellos no estaba mas que el tiempo necesario para que mi vista recorriera con los gemelos los palcos y las butacas; pero nada: no la veia. Si hubiese sido una de esas hermosuras abonadas al Prado, una de esas caras que se encuentran en todas partes, verdaderos prospectos de las bellezas que la córte encierra y que se pueden enseñar el primer dia á cualquier forastero como un monumento curioso, Julia, á no dudar, no me hubiese ocupado ni un solo instante.

Mi imaginacion se deshacia en conjeturas. ¿Dónde va esa mujer? ¿cuál es su género de vida? ¿qué hace? ¿no sale nunca de su casa? estará enferma. Esta idea me aterraba. Contemplaba su poético balcon lleno de enredaderas y flores, y me parecia que entre ellas iba á aparecer ella eclipsándolas á todas. ¿Porqué no la veo! exclamaba; ¿porqué no respiro el aire que ella respira! ¿porqué no vivo de su misma vida!

Me hice cargo tambien que por haberla visto un dia al balcon y á una hora dada no era consecuencia rigurosa que hubiese de asomarse siempre á la misma. Varié, pues, las horas y muchos dias pasé tres y cuatro y mil veces por su calle; pero nada, siempre lo mismo.

En el amor, como en todo lo de este mundo, hay algo de fatal. La pasion que Julia me habia inspirado no era

una de esas pasiones fogosas, que nos hacen perder la razon, era por el contrario un sentimiento dulce y tranquilo como una balada alemana. Así es que, sin conocerla, sin saber nada de su condicion y estado, describía su carácter y me parecia que habia largo tiempo que nos conociamos. Tal vez viera en mi cuna al abrir los ojos por primera vez, una sonrisa igual ó semejante á la suya. Un vago presentimiento me decia, que ella me habia de amar tambien. Sí, no lo dudes, amigo mio, ese es el amor en su expresion sublime y verdadera. El sí que obtenemos de una mujer por la buena maña que nos damos en arrancárselo ó por el trato diario que con ella tengamos, se asemeja mucho á esos contratos que celebran entre si los comerciantes. Una mujer como Julia era la que mi imaginacion habia concebido acariciada por los sueños de la juventud. Ella y únicamente ella es la que hubiese poseído todo mi corazon.

Mes y medio haria ya que pasaba infructuosamente por la calle de V***, cuando una tarde volví á verla algun tanto demacrada y pálida asomada á su balcon favorito, vestida de negro y leyendo un libro. La poesia del dolor estaba pintada en sus facciones. Parecia un lirio inclinado sobre su tallo.

Al pasar yo hubé de suspender su lectura y fijar en mí una mirada que no olvidaré mientras viva.

Cada dia pasaba á la misma hora y cambiábamos un saludo. Una vez me aventuré á pedirle una dalia preciosísima que llevaba en el pecho. Al pronto se quedó pensativa y me miró con esa mirada que pertenece tan solo á las jóvenes y á las gacelas; pero viendo mi insistencia se sonrió tristemente y desprendiéndose de su flor me la arrojó á los piés. La contesté cogiéndola y acercándola á mis labios para besarla religiosamente. ¡Dulces puerilidades que solo los amantes conocen!

Por una conducta que jamás me he sabido explicar, quise imponerme una especie de cuarentena moral y me decidí á estar una semana entera sin verla. Por otra parte, no tenia mas que refugiarme en mi corazon para contemplarla. ¿Qué sueños tan sublimes no engendró mi mente en aquellos dias! A veces me creia transportado á la nebulosa Alemania y que blandamente reclinada en mi brazo recorriamos las orillas del Rhin, deteniendonos ante las ruinas de los castillos feudales, evocando recuerdos y tradiciones. Julia debia ser artista. Sí: aquella alma debia sentir la belleza. Así es que visitábamos tambien las pintorescas ciudades de Italia contemplando las obras maestras del arte. ¡Hermosas ilusiones, puras ilusiones, porqué os disipasteis como el humo!

Ardia en deseos de tratarla y de oír el metal de su voz que debia ser dulce y encantadora como su rostro. Escribía, pues, una carta concebida en los términos mas sencillos y que en nada se parece á las infinitas que despues he escrito á otras mujeres con quien he estado en relaciones, pero á quienes realmente no he amado nunca. En su estilo habia algo de fraternal. La envolví con ella un ramo de violetas y muy entrada la noche se la arrojé al balcon.

Al dia siguiente pasé á la hora acostumbrada y ví el balcon cerrado á piedra y lodo. No acertaba á darme una explicacion de semejante conducta; pero formé el propósito de pasarme por la calle de V*** hasta que tuviera fuerzas para ello. Tentaciones me dieron de subir, llamar estrepitosamente y precipitarme á su lado aunque que fuesen infinitos los obstáculos que á ello se opusieran. Mi impaciencia estaba á su colmo cuando ví salir de la casa un criado cejijunto y con gorra galoneada que se acercó á mí diciéndome:

— Aquí tiene Vd. lo que la señorita me ha entregado para Vd.

Y se volvió á entrar enseguida.

Desplegué precipitadamente un papel y leí las siguientes palabras:

« Siento no poder corresponder á sus nobles sentimientos mas que con el título de verdadera amiga, pues me es imposible ya amar á nadie. »

La sangre se me heló en el corazon al leer esos renglones é imposible me hubiera sido articular ni una palabra siquiera, tal impresion de asombro produjeron en mi ánimo; pero por venir del sér que adoraba y por quien habria dado cien vidas que tuviera, besé el papel con trasporte llenándolo de lágrimas, pues lloraba como un niño.

Marchéme corriendo á casa. Me encerré en mi cuarto, necesitaba estar solo, solo con mi dolor. Volví á leer aquellas palabras, las releí cien veces, pues creía ser víctima de una horrible pesadilla.

Me llamaba su verdadero amigo, sentia no poder corresponder á mis nobles sentimientos, le era imposible amar. Hé aquí el círculo de ideas en que se agitó mi corazon por espacio de algunas horas.

¿Qué manifestaciones habia de tener en lo sucesivo esa amistad verdadera que me concedia? La amistad, reflexionaba yo, existe entre personas de un mismo sexo ó entre seres que han crecido juntos y cuyas inclinaciones han ido desarrollándose á un mismo tiempo. Cuatro meses escasos habian trascurrido desde el dia en que ví á Julia por primera vez. Tenia yo veinte años, ella diez y ocho. No nos habiamos hablado mas que con los ojos. Una dalia azul y muchos saludos mediaban entre nosotros. ¡A qué dudar! me ama, exclamaba yo delirante. Y su última frase « me es imposible amar á nadie. » Sí: esa frase estaba escrita con llanto. No era un ardor de esos que usan las mujeres á veces para interesarnos mas. Era la expresion de la horrible realidad. Despues me convencí de ello. Todas mis facultades se hallaban sublevadas, estaba á un paso de la locura.

Sin embargo, ¿qué conducta habia yo de observar? ¿Retirarme de su vista para siempre? ¿insistir manifestándole mi cariño y el amor profundísimo que me habia inspirado, despues de su contestacion tan contundente y decisiva? Ni yo mismo lo sabia.

Cuando la razon hubo recobrado en mí su imperio, la escribí una carta, no con el lenguaje apasionado del amante, pero razonada y tranquila como pudiera haberla escrito á mi mejor amigo. En ella le decia que aunque pecara de indiscreto, pues hay misterios y secretos en la vida que se llevan á la tumba, me interesaba saber en que consistia esa imposibilidad de amar á nadie en que se hallaba, pues no hay obstáculos que el amor y la constancia no puedan vencer. Que admitia el peso fatal de mi destino y que la seguiria amando mientras corriera sangre por mis venas y con un amor ménos egoista, pues no tenia ya la esperanza del triunfo. La rogaba encarecidamente me contestase á la mayor brevedad posible, asegurándola no volverla á molestar mas con mis cartas si estas le importunaban. Por último, la ponía al pié las señas de mi casa, pues por la manera que habia tenido de contestarme, inferia que su posicion la permitia escribirme directamente.

Dos dias despues de haberla entregado mi criado en manos propias, segun me aseguró, recibí una esquela en la cual Julia me daba una cita en su misma casa á las tres en punto de la tarde. Mi asombro subió de punto al acabarla de leer y creí estar soñando. Cada vez lo comprendia ménos. Preciso es confesarlo, aquel papel la hizo descender mucho del pedestal en que la habia elevado mi corazon. Deseaba, sin embargo, salir cuanto antes del caos y de la excitacion febril en que habia algunos dias me encontraba. Me vestí precipitadamente y á las tres y cinco minutos llamaba á la puerta de su casa.

Un criado de librea y corbata blanca me introdujo a la sala, y despues de haberme invitado á tomar asiento se entró por uno de los dos gabinetes, laterales para anunciarme sin duda.

A pesar del estado en que, como puedes figurarte, me encontraba en aquellos momentos, recuerdo que el lujo en que estaba puesta la casa me fascinó. La silla de terciopelo encarnado era del gusto de Luis XV. Encima de una consola dorada con mármol blanco veíanse unos ricos candelabros de bronce en medio de los cuales habia un reloj de sobremesa mas rico aun. El suelo estaba cubierto por una preciosísima alfombra. Un piano vertical dejando ver su teclado me hacia deducir que no habria mucho tiempo que unas manos hechiceras le habian recorrido. En fin, ¡qué te he de describir! todo aquello respiraba el fausto, la elegancia y el buen gusto.

Julia no se hizo esperar mas que algunos segundos. Apareció ricamente vestida y peinada del mismo modo que lo estaba cuando la ví por primera vez. Fácil era de adivinar por la expresion de sus ojos que debia haber sufrido mucho en aquellos dias; pero no por eso estaba ménos interesante.

Pudiera haber comenzado por preguntarla con frialdad cual era el motivo que la habia decidido á darme una cita en su propia casa; pero quise que aquel se desprendiera naturalmente de la conversacion, y por otra parte semejante pregunta hubiera parecido tal vez hija de la rabia ó del despecho, y no era por cierto ninguno de estos dos sentimientos los que me dominaban entónces. Presentia que aquella era la primera y última entrevista que tendria con ella.

Despues de habernos saludado recíprocamente, dí rienda suelta á mis labios que haciéndose fieles intérpretes de mi corazon la expresaron toda la intensidad de mi cariño y las intenciones que respecto á ella me animaban. Julia me escuchaba hasta no perder ni una sola de mis frases. Elocuente debí estar en aquella circunstancia suprema de mi vida, pues noté que algunas lágrimas surcaron de sus mejillas y que se hallaba vivamente conmovida. Concluí exhortándola á que fuera franca conmigo y derramara en mí sus penas á título de verdadera amiga.

Y ella me contestó:

— ¿No le he dicho á Vd. lo bastante? No desee Vd. saber mas.

— Sí, necesito saberlo... Me es imposible esperar ya... Vd., bien lo veo, ignora lo que sufre el que ama verdaderamente. ¿Me ama Vd. sí ó no?

Julia se quedó perpleja un instante.

— Le amo á Vd. como no he amado á ningun hombre; pero déjeme Vd. abandonada á mi propia suerte. Soy una existencia tronchada y entreveo la licidad cuando me es imposible alcanzarla. Sí; el término de los males que experimento, del dolor incesante que me abruma está en la muerte.

El tono con que pronunció estas palabras hubiera enternecido al corazon mas insensible.

— ¿No es Vd. libre? exclamé.

— No; no me pertenezco.

— ¿Estará Vd. casada con un hombre á quien tal vez....

— Tampoco. ¡Ojalá fuera así! Tendria al ménos una idea, un deber, una mision que llenar en el mundo.

Una idea horrible cruzó como el rayo por mi mente.

— Santo cielo. Comprendo todo... ese lujo... esos...

— Sí, mi hermosura lo ha comprado.

Entónces Julia me refirió que siendo sus padres muy pobres y trabajando ella noche y dia no bastaba su aguja ni sus desvelos para dar pan á su madre y á sus hermanitos que lo pedian llorando. Quince años tenia apenas, continuó diciéndome, cuando un hombre ya entrado en años, rico propietario, célibe y de una vida

algo relajada, según he sabido después, concibió una vivísima pasión por mí y aprovechándose de la situación tristísima en que nos hallábamos sumergidos, empezó á relacionarse con mi familia y á constituirse en protector mío. El primer sentimiento que experimenté hacia aquel hombre, prosiguió Julia, fué el de la gratitud. Le veía cada día, iba al encuentro de todos mis deseos y me satisfacía hasta mis más mínimos caprichos. Le quería como si hubiese sido mi segundo padre.

Un día, por fin, me dijo Julia con las lágrimas en los ojos, me declaró su pasión y yo, ¡pobre de mí! sin saber lo que era el mundo ni el amor dije que le amaba. Mi madre, mucho trabajo me cuesta decirlo, mi madre fué culpable hasta el extremo de no apartarme del abismo en que me iba á sumir para siempre. Accedí á las pretensiones de ese hombre, que hoy es mi mayor enemigo, y hasta hace poco tiempo no he conocido todo lo horrible de mi situación...

Julia cubrió su rostro lloroso con el pañuelo y sus sollozos convulsivos me desgarraron el alma. Hubo un largo rato de silencio.

La triste relación que acababa de oír derribó el idolo haciéndose el frágil barro de que estaba construido. Las ideas tristes que se agolparon en aquel instante á mi mente me dejaron como petrificado. No sabía que decir para consolarla. Pensaba ménos en ella (¡egoísmo incorregible!) que en mí al considerar la decepción que mi alma había sufrido. ¿Qué había yo de decirle, abundando en sus mismos sentimientos? Sí; al verla me parecía contemplar una flor agostada antes de abrir su corola á los primeros rayos del sol.

Fácil me hubiera sido conseguir cualquier favor de una mujer que acababa de revelarme el triste poema de su existencia; pero mi pasión era de otro género, la amaba con el alma.

Julia continuaba llorando sin atreverse á fijar en mí sus miradas.

Comprendiendo yo entonces lo embarazoso de aquella situación, hice un esfuerzo heroico, cogí el sombrero y me marché, creo, sin saludarla siquiera.

Emprendí varios viajes al extranjero, creyendo encontrar en la variedad de objetos y de impresiones un paliativo á mi dolor; pero en todas partes creía ver la imagen de Julia. Nosotros asociamos la naturaleza exterior á los sentimientos que nos dominan, así es que por espacio de algún tiempo no pude arrancarla de mi corazón. El silbido del viento me recordaba sus sollozos, el rocío su llanto.

¡Triste fatalidad! La mujer que yo había soñado por compañera de mi vida, el ángel en cuyo seno pensé derramar algún día mis penas, en fin, el sér de quien me había enamorado, era toda una querida. ¡Pobrecilla! Dios que lee en los corazones bien sabe que no la culpaba á ella, sino á la sociedad. »

JOSÉ PALET.

Revista de Paris.

Las grandes fiestas que se disponen con motivo del bautizo del príncipe imperial detienen en el día los preparativos de marcha que todo parisiense á la moda está obligado á hacer en el mes de mayo. Sin embargo, hay un viajero que se adelanta á todos los demás y que piensa salir de la capital en la semana próxima; este es Rossini. Los médicos han ordenado al ilustre maestro las aguas de Wildbad, que parece son eficaces contra las enfermedades nerviosas y los reumatismos. La temporada principia en Wildbad á mediados de junio, y Rossini está disponiendo su marcha hace dos meses. De esta circunstancia podría deducirse que Wildbad se halla situado en un extremo del mundo; mas no es así; está en el Wurtemberg cerca de Stuttgart, y tomando en Paris el ferro-carril del Este no se tardan veinte horas en llegar al establecimiento.

Pero Rossini no sabe ni quiere saber lo que es un camino de hierro, profesa una aversión, un horror profundo por ese invento moderno, y todo lo prefiere al ruido de la locomotora que le ataca los nervios lo mismo y quizás más aun que el ruido de la música alemana y francesa. El año último cuando vino á Paris de Bolonia, efectuó su viaje en un coche tirado por caballos como los que usaban nuestros abuelos; Rossini persiste en este sistema, y así es que, como decimos, está trabajando hace tanto tiempo en organizar su viaje de Paris á Stuttgart por las antiguas carreteras; se informa de los recursos que ofrecerán las tierras del tránsito, y si podrá encontrar caballos de relevo. Pero ha mucho que los caballos de posta no existen ya en los caminos paralelos á las vías férreas, y el ilustre maestro tendrá que tomar un carruaje que le lleve de Paris á Stuttgart á cortas jornadas, pues no hay posibilidad de cambiar los tiros. ¡Ah! esta es ocasión de que repita su dicho famoso:

— Un día llegará en que se dé un premio al que invente las diligencias.

Así lo espera este enemigo declarado de los caminos de hierro.

En esta misma semana en que Rossini recibía las despedidas de los pocos amigos y admiradores que tienen la suerte de tratarle en Paris, falleció un compositor francés de los de mas fama, M. Adam, autor de mas de cincuenta óperas populares. Nadie quería creer en esta muerte; Adolfo Adam pasó la noche del viernes en el palco del director de la Opera, se fué á su casa á las once, compuso cuatro notas que quedaron sobre el piano abierto, escribió una

carta á M. Auber citándole para la otra mañana en el Instituto, se acostó y amaneció difunto.

Adolfo Adam era un compositor incansable. Durante muchos años ha sido la fortuna de los teatros líricos de Paris; su música de una inspiración fácil y graciosa se cantaba con igual éxito en el teatro, en los salones y en la humilde guardilla. Su vida laboriosa no salió un instante del dominio del arte: su biografía está entera en sus obras. Así la población artística de Paris acudió presurosa á sus funerales: la iglesia de Nuestra Señora de Loreto donde se celebraban era pequeña para la multitud de gente que quiso rendir los últimos deberes al compositor estimado de todos. En la concurrencia se distinguía un crecido número de notabilidades literarias, artísticas, administrativas, etc. Las sociedades de los autores y compositores dramáticos y de literatos estaban representadas por sus presidentes y la mayor parte de sus miembros. Los artistas del Conservatorio, de la Opera Cómica y los niños de coro de la iglesia de San Roque, ejecutaron bajo la dirección de M. Tilmann, director de la orquesta del teatro de la Opera Cómica, el *Requiem* de Mozart y varias piezas escritas por el mismo difunto. Después de las oraciones de la iglesia la comitiva entera pasó al cementerio Montmartre donde se pronunciaron varios discursos sobre la tumba.

Roger, el tenor de la Opera, que cantó en estos funerales el *Dies iræ*, entonaba al día siguiente el *O Salutaris* en la misa de bodas de la hija de Alejandro Dumas. Así van las cosas de este mundo. Y lo particular es que la mayor parte de los concurrentes que asistían con rostro risueño á esta ceremonia nupcial se hallaban también la víspera en las exequias de Adolfo Adam con rostro compungido.

El mundo literario y artístico quiso manifestar con su presencia al ilustre escritor la parte simpática que tomaba en este suceso de familia. Además la jóven es conocida por la gracia y la distinción con que ha hecho hasta aquí los honores de la casa paterna: todos concuerdan en decir que se parece á su padre, que tiene su fisonomía, mucho de su talento y mucho también de su carácter franco, amable y generoso. Su esposo es un jóven perteneciente al mundo financiero. Asegura la crónica de donde tomamos esta noticia, que M. Alejandro Dumas hijo regaló cinco mil pesos á su hermana con motivo de su casamiento, y seguramente este acto de liberalidad fraternal le honra sobremanera, porque está hecho con el producto de su inteligencia. El jóven escritor no derrocha los beneficios que le reportan sus triunfos dramáticos, sino que ántes bien, siguiendo el espíritu de la época, los lleva á la Bolsa donde los convierte en valores de primer orden.

Pero las bodas mas grandiosas que se han visto en Paris hace tiempo han sido las de nuestro compatriota el general Prim, conde de Reus, con una jóven hermosa y noble mejicana, la señorita doña Francisca Gonzalez de Agüero, que parece llevaba en dote una fortuna de cinco millones de pesos fuertes. La iglesia de la Magdalena donde tenia lugar la bendición nupcial brillaba aquel día, (el sábado último, con un lujo inusitado). Muchos de los altos personajes españoles que hoy figuran en la corte imperial asistían á la ceremonia, así como también varias familias americanas, francesas y españolas de lo mas escogido de la capital, esto sin perjuicio de una gran afluencia de curiosos que acudieron también á la iglesia, pues el conde de Reus ha sabido conquistarse un nombre en Europa. Fué, como hemos dicho, una ceremonia brillantísima.

El domingo de la Pascua de Pentecostés se celebra en un pueblecillo de las cercanías de Paris llamado Nanterre, una fiesta inocente que consiste en premiar la virtud y aplicación de una jóven de la aldea con una corona de rosas. A pesar de todas las burlas, de todos los sarcasmos y parodias que han llovido desde hace mucho tiempo sobre esta costumbre de la aldea, lo cierto es que la ceremonia se repite todos los años con arreglo á su programa primitivo. Ahora bien, como los parisienses acuden á la función, pues cuando ménos es un motivo para divertirse y pasearse por el campo, daremos aquí algunos pormenores de ella.

Nanterre está situado en una posición pintoresca á dos leguas y media de Paris á la misma falda del monte Valeriano. Dicese que fué la cuna de Santa Genoveva y aun se muestran en el día sobre el camino de San German las praderas donde la patrona de Paris guardaba sus ovejas. A fines del siglo XIV Nanterre fué tomado por los ingleses que le saquearon y le pegaron fuego, y desde entonces quedó reducido al estado insignificante en que se halla hasta la fecha.

Entre otras casas notables se enseña todavía en Nanterre aquella en donde vivió Delille y donde compuso una parte de su traducción de Virgilio. No lejos de allí se distingue la morada de M. de Pongerville, miembro de la Academia francesa. En el jardín contiguo al presbiterio hay un pozo cuyas aguas, dicen, tienen la propiedad de curar ciertas enfermedades crónicas; en muchas épocas del año los enfermos que acuden á este pozo dejan en el pueblo abundantes limosnas.

Se cree que la institución de la fiesta que se celebra en Nanterre es un postrer vestigio de las costumbres feudales y que su origen, sin perderse en la noche de los tiempos, data por lo ménos de la edad media. M. P. Zaccane de quien extractamos estos curiosos pormenores, asegura por el contrario que esta coronación candorosa es cuando mas de hace cincuenta años, y que su tiempo mas brillante fué cuando el Imperio y la Restauración.

Para santificar en cierto modo esta solemnidad, señaló la Iglesia el día de una de las fiestas mas hermosas del catolicismo, la Pentecostés. A eso de la una de la tarde, el alcalde acompañado de los regidores y de una parte de las personas mas notables del pueblo se dirige escoltado por la guardia nacional al domicilio de la jóven elegida por el ayuntamiento de acuerdo con el cura de la parroquia. Por

lo regular es una artesana de 17 á 21 años que atestigua muy á menudo que la virtud no está reñida con la belleza. La jóven vestida de blanco es conducida por las autoridades primero á la alcaldía y luego al templo donde recibe en fin la dote prometida, que ordinariamente es de 100 pesos de los cuales la entregan 60 en el acto y los otros 40 al cabo de dos años, si es que en este intervalo no ha desmerecido. Todo esto sin perjuicio de la corona de rosas, de donde toma el nombre de «rosière.»

Aunque estas ceremonias son una buena fortuna para el pueblo, pues, como hemos dicho, asiste á ellas un número considerable de curiosos de Paris y de los lugares próximos, no siempre se han hecho con el mayor brillo, pero este año, gracias al nuevo alcalde, la fiesta reconquistó toda su importancia. La «rosière» de 1856 se llama Eugenia Mesard; su difunto padre ejercía el oficio de carpintero y es digno de observarse que su madre obtuvo hace 22 años el honor de ser elegida igualmente por el ayuntamiento. ¡Y luego diremos que no existe la virtud hereditaria!

En vista de esta solemnidad Nanterre se convirtió ya días ántes en una gran feria. A pesar del mal tiempo una multitud de personas asistió á la coronación de la «rosière» y por la noche hubo iluminación, baile, conciertos y cien diversiones de lugar todas á cual mas inocentes.

MARIANO URRABIETA.

Crimea.

El dibujo que publicamos en la página siguiente es una copia exacta de un croquis de M. Girardin, del cuerpo de cazadores de Africa, hecho en conmemoración de las carreras de caballos y juegos que se verificaron el martes 13 de abril de 1856 cerca del monasterio de San Jorge en la Crimea. El general Morris no desdichó nada para que la función fuese tan brillante como las primeras de ese género, y el autor del dibujo encontró en ella el asunto de una composición notable por la disposición y el movimiento de la escena. En nuestra copia hemos dejado subsistir el letrero en francés á fin de conservar el carácter del original en todos sus detalles.

A este dibujo acompañaba el siguiente programa de las carreras salido de las prensas de la imprenta imperial francesa de Sebastopol que copiamos también conservando su forma:

CARRERAS DEL MONASTERIO DE SAN JORGE.

MÁRTEZ 13 DE ABRIL DE 1856.

Comisarios de las carreras. — Mayor Wombwell; marqués de Spinola; M. Wilkin; capitán Cornat; M. Artus Talon.

Comisarios de la sortija: — Comandante Cravin; capitán Cornat.

Primera carrera: — Steeple-chase. Premio: 1,500 fr. Entradas: 125 fr. añadidos al premio. Peso: 77 kil. para los caballos de todos los países. Sobrecargo de 3 kil. para el vencedor de un steeple-chase; 5 id. para el de 2; y 7 id. para el 3, etc. Distancia: 3,200 metros.]

APUESTAS.

Dueños.	Caballos.	Jockeys.	Peso.
Capn. Goodlake.	Betsheba.	Capitan Blondell.	12 s.t.
M. Brune.	Warrior.	M. Kelson.	
M. Oxenden.	Kegualle.	M. Oxenden.	
Mayor Tésiger.	Tyrone.	M. Blakney.	
Capitan Gippes.	Muster-Roll.	M. Morant.	12 s.t. 0.7
Ten. cor. Price.	Sullana.	Capitan Brabazon.	
Teniente Price.	Old-Tom.	M. Wilkin.	
Capitan Connell.	Karani.	Capitan Connell.	
Vizconde Talon.	Paddy-Bog.	M. A. Talon.	12 s.t. 0.7

Segunda carrera: — Steeple-chase. Premio 500 fr. Entradas 25 fr. Peso, 73 kil. 500 gr. para los *pondys* de 4 m. 47 c. El vencedor del steeple-chase tendrá 3 kil. 500, el de 2 id., 4; el de 3 id. 3.

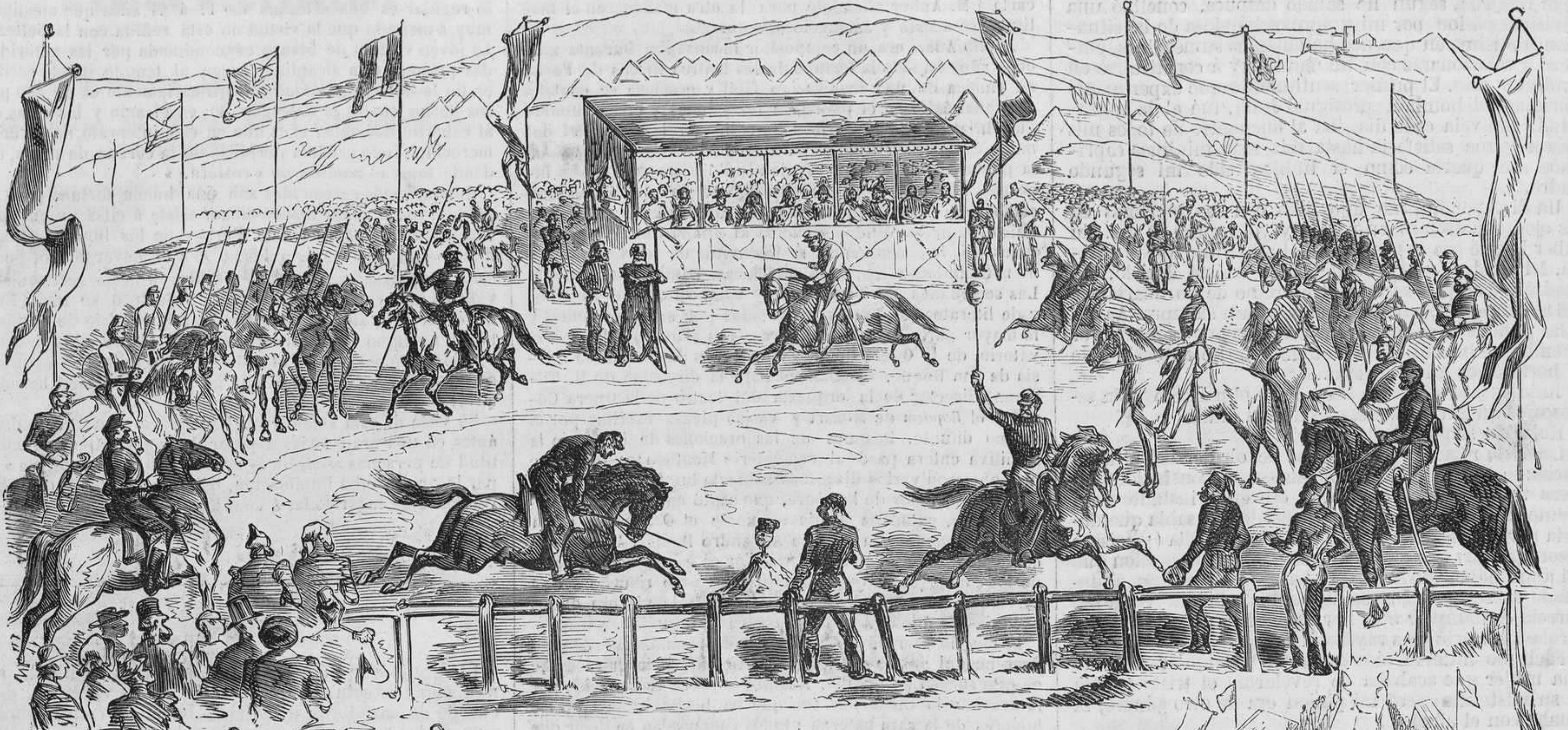
Distancia: 1 milla sobre el terreno del steeple-chase.

APUESTAS.

Dueños.	Caballos.	Jockeys.	Peso.
Capn. Goodlake.	The Toy.	N...	73 k. 500 g
M. Eral Booth.	Tooraloo.	N...	
Capn. Barbazon.	Chutney.	N...	
Teniente Polts.	General Tom-Thunel.	N...	
M. Pagnters.	Growler.	N...	
M. Knox.	Shumla.	N...	
M. Kelson.	Maniac.	N...	
M. Greys.	Ali-Bey.	N...	
M. Allhasen.	Chunderev.	N...	
Mayor Baring.	Paddy.	N...	
Capn. Fitzgerald.	Mamelon-Ex-Biquet.	N...	
Ten. de Damas.	Lusturu.	N...	
Teniente Raison.	Carabi.	N...	
Teniente Redon.	Souvenir.	N...	

Carreras de sortija.

Premio 100 fr. Caballos de todos los países. ÓMNIBUS para caballos que no hayan corrido. Distancia 1,600 metros sobre el steeple-chase. Premio 100 fr. Entradas 15 fr. Las carreras se verificarán si el tiempo lo permite



15 Avril 1856

COURSES

et

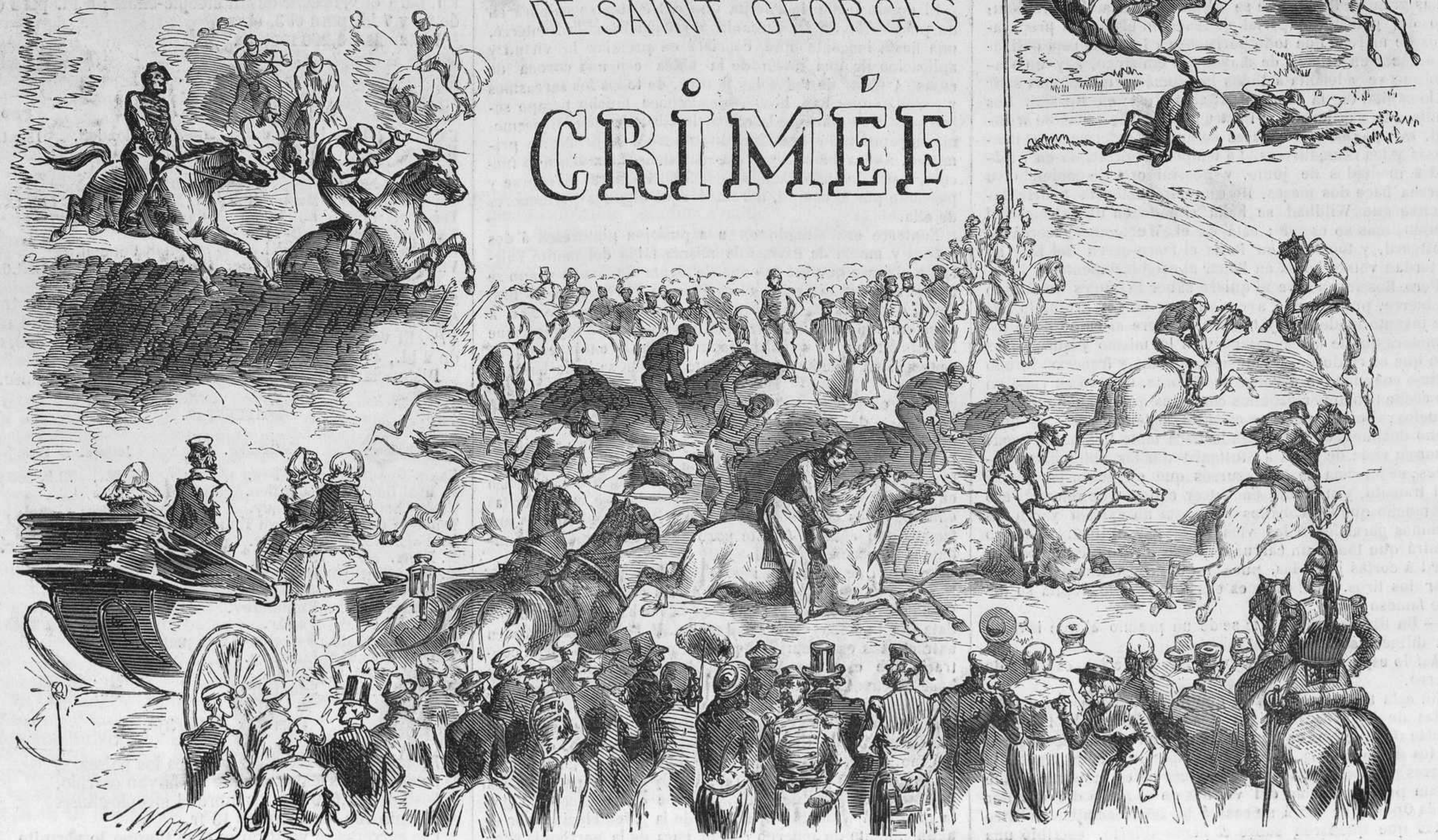
ARROUSEL

DU

MONASTERE

DE SAINT GEORGES

CRIMÉE



15 de abril de 1856. — Carreras y juegos del monasterio de S. Jorge en la Crimea.

Ligeros apuntes sobre la Argelia.

(Véanse los números 119 y 120.)

IV. — NEMOURS (DJEMMAA-GHAZAUAT) Y SU CÍRCULO.

Si el lector se acuerda de Sidi-Brahim y del degüello de la guarnicion de Nemours en aquellos tristes días pensará sin duda que el pueblo se cubrió de luto durante mucho tiempo; nada de eso. Aquello duró ocho días, pero al cabo de ellos cuando se vió llegar una fuerte columna que iba á doblar la guarnicion, ya no se habló mas del asunto; se puso una lápida sobre los restos mutilados de Geraud y de sus compañeros y así se acabó todo.

Fácil es presumir las intenciones con que el general Cavaignac envió esas tropas; la revancha de Sidi-Brahim estaba lejos de ser completa, á pesar de la persecucion que hizo á los Traras M. de Lamoriciere, á pesar de aquella jornada en que los cazadores de M. de Lourmel mataron á bayonetazos á los Ulad-Dziri; pero la mano de Dios que tan á menudo se ha mostrado en nuestra conquista de Africa nos reservaba una venganza inesperada.

Era dos años despues, en el otoño de 1847. Una fuerte columna mandada por M. de Lamoriciere apoyando sus dos alas en Lella-Maghnia y en Nemours, se extendia á lo largo de la frontera paralelamente á un ejército marroquí, con el cual combinaba sus movimientos. El emir que no tenia ya mas que unos pocos caballos, últimos restos de su ejército arruinado por nosotros y por los marroquíes, se hallaba entre ambos ejércitos estrechado cada día mas en el espacio donde podia moverse amenazado á cada instante de caer prisionero.

Estamos ya bien lejos de aquella insurreccion de 1843 que todo lo comprometió arrastrando



[Mohammed-Bu Khaia, capitan de los spahis.

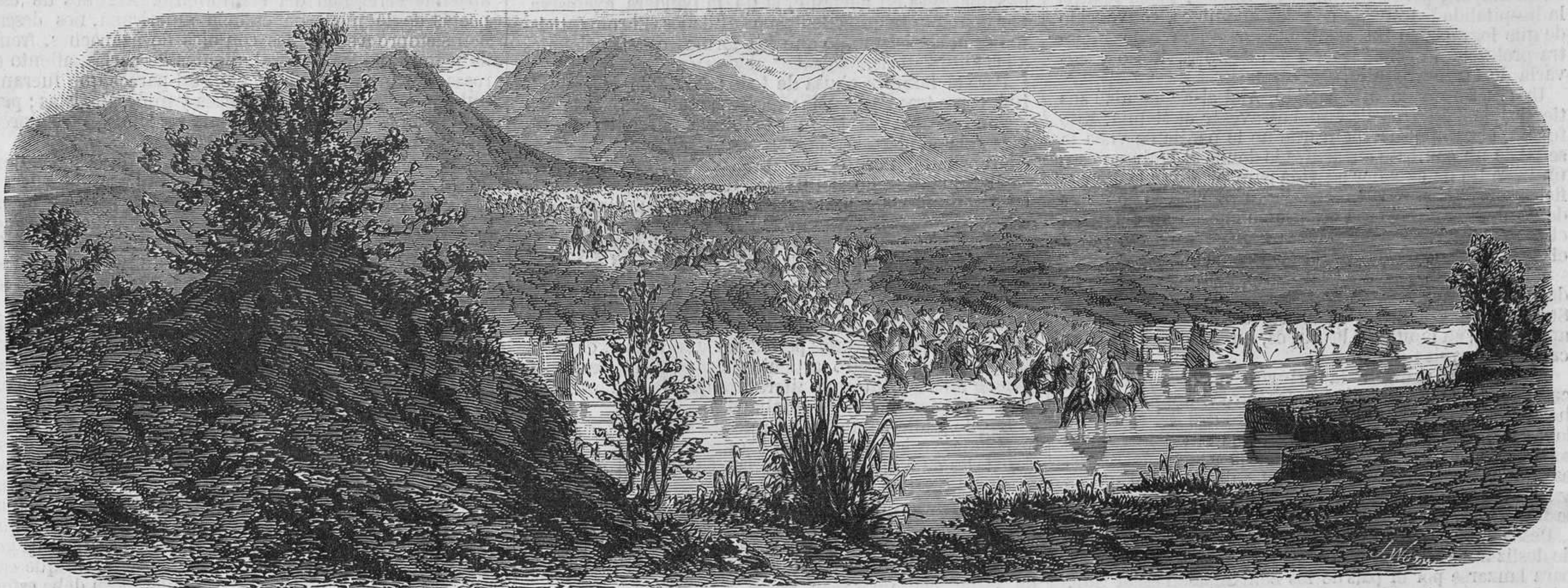
á la mayor parte de las tribus sometidas. En aquella época, salido de repente del Rif donde habia permanecido inmóvil tanto tiempo, habia dado algunos golpes de mano con buen éxito; en un instante toda la Argelia se habia levantado, pero esta vez tambien la victoria fué para nosotros y los soldados franceses pudieron inscribir al lado de Isly jornadas menos brillantes, pero igualmente decisivas.

El sistema de defensa se completó con puestos colocados en las fronteras ó en comunicacion con otros puestos muy lejanos. Se edificaron Aumale y Daya, se ocuparon Frenda y Ami-Mussa y en ese recinto completo de plazas fuertes ó de campos de las tres provincias en breve los árabes hallaron en la imposibilidad de ponerse en campaña sin ser dispersados ó cogidos.

Bu-Maza que durante dos años hizo una diversion tan útil en el Dahra, se vió obligado á volver muy de prisa á sus montañas y á rendirse poco despues al coronel Saint-Arnaud. Djellul, el jefe de los Djebel-Amur y los poderosos jefes kabilas Ben-Salem y Bel-Kassem ó Kassi tuvieron igual suerte. Perseguido por todas partes, aun en los puntos de nuestro Sahara donde se creia en mayor seguridad Abd-el-Kader habia sido arrojado á Marruecos, al punto donde principiò su última campaña.

Pero ahora ya le tenemos reducido á las simples proporciones de un jefe de partida. Su cuartel general ó hablando con mas propiedad, supequeña smalah, se halla en Kasbat-Seluan, cerca de los orillas del M'luiá inferior, enfrente de los presidios españoles de Melilla.

El emperador de Marruecos que suponía en Abd-el-Kader miras ambiciosas con respecto á su corona, no le desdeña en su abatimiento, pues sabe muy bien cuán rápidos son los movimientos de fortuna en país árabe, y que un enemigo es siempre peligroso mientras vive



El Ued-Kys.

Por eso hace que le persigan de todas maneras las tribus vecinas; los del Rif, esa antigua raza de kabilas indómitos, no le dejan un instante de reposo, y él sin paciencia ya y exasperado por la miseria, se vuelve de repente un día contra los *Guelaias* que eran sus vecinos mas próximos y los destroza. Primer acto de hostilidad declarada contra Marruecos que el emperador quiere aprovechar sin tardanza.

En efecto, al saber estas noticias el emperador corre á Fez prestando asuntos administrativos, para vigilar de mas cerca los pasos del emir y la guerra á punto de emprenderse. Luego, apenas llegado, manda á sus dos hijos Muley-Mohammed y Muley-Ahmed hácia Thaza con gente bastante para castigar y someter las tribus simpáticas al enemigo, lo que así hacen los príncipes.

Esto pasaba en octubre; pero poco despues, á mediados de noviembre las tropas de Marruecos se dirigieron á Kasbat-el-Messun y bajando el M'luiá por la izquierda, se unieron en Kasbat-Seluan con los contingentes rifeños, con el caid de Uchda que llevaba doscientos ginetes y con los goums de los Angades y de los Beni-Snassen.

La posición de Abd-el-Kader era cada vez mas crítica. Estrechado por las tres columnas marroquíes, sin mas que un puñado de hombres valientes sí, pero debilitados por las enfermedades y la miseria, sin poder pensar en combatir ni en permanecer en donde estaba, salió de repente de Kasbat-Se-



La garganta de Kerbus.

luan y se fué á las grutas de Zaiu donde tenia sus granos. Luego para que aquella deyra no se alarmase demasiado con la vecindad de los franceses, á fin de tranquilizarla aparentando que estaba con ellos en buena armonía, envió ostensiblemente á Nemours á uno de sus jefes, Sidi-el-Habib, su antiguo cónsul en Oran encargado de cartas destinadas para el duque de Aumale y M. de Lamoriciere. Pero al instante se adivinó en Nemours la significacion de este paso, y se despachó á Sidi-el-Habib con esta sencilla respuesta: « Abd-el-Kader salió del derecho comun cuando quitó la vida á sus prisioneros de guerra, y no se tratará con él sino cuando se halle en nuestras manos. » (Abd-el-Kader se ha justificado despues de este hecho bárbaro.)

En seguida M. de Lamoriciere salió con una fuerte columna y entónces fué cuando se instaló á lo largo de la frontera combinando sus movimientos con los de los príncipes de Marruecos.

Estos á su vez vieron llegar á su campo dos enviados del emir que llamaba á todas las puertas buscando una salida en la apurada situacion en que se hallaba. Pero sus parlamentarios fueron menos dichosos que con nosotros, pues ni siquiera fueron recibidos. Por toda respuesta les comunicaron que solo escucharían á Bu-Hamedi, su califa mas poderoso y fiel. En efecto, tan triste era el estado en que se hallaban que se decidieron á mandar al califa al emperador con cuatro

jefes que llevaban dos hermosos caballos de sumision y una mula cargada con la plata tomada en la ghazzia de los Guelaias. No podian mostrarse mas humildes.

La respuesta de Muley-Hbd-er-Rhaman llega á Zaiu el 9 de diciembre. El sultan del Gharb, el descendiente del profeta es mas implacable con el antiguo sultan de Mascara que el mismo cristiano. Impone condiciones inaceptables, humillantes, y además se queda en rehenes con el parlamentario Bu-Hemedi.

El emir, desesperado y furioso se decide á recurrir otra vez á las armas, y al otro dia se pone en movimiento con el resto de su infantería regular y todos los ginetes y hombres válidos de la Smalah. Quiere abrirse paso hacia el Sur por en medio de las tropas de Marruecos y para esto se vale de una estratagema tradicional, que consistía en esto: llegar por la noche sobre el enemigo, lanzar en su campamento camellos untados de pez ardiendo, y aprovechándose del desorden derrotar á los marroquíes.

Pero estos proyectos fueron conocidos por los espías; los campos que debían sufrir el primer ataque fueron evacuados y todas las tropas se replegaron sobre el último mandado por Muley-Mohammed. Por eso el rápido ataque del emir pareció al pronto de buen éxito; atravesó sin detenerse los primeros campos, cayó sobre el último, y rompió las líneas, pero envuelto en breve por masas demasiado numerosas, habría sido hecho prisionero si sus mejores compañeros no le hubiesen rodeado y salvado abriéndose una salida por aquel círculo de fuego; doscientos cincuenta de los mas valerosos y los mas fieles quedaron allí. Era una pérdida desastrosa, irreparable, y nada se había conseguido. La causa de Abd-el-Kader estaba perdida y concluido su papel; ya solo debía ocuparse de su salvacion.

Pero debemos decir en justicia, que no pensó en su salvacion sino despues de haber asegurado la de su smalah. Sin embargo, esta operacion no era fácil. Smalah ó deyra, campos árabes compuestos de todos los elementos de la vida errante, familias de combatientes, mujeres, ancianos, niños, esclavos, ganado, tiendas, provisiones, toda una tribu, todo un pueblo, todo esto no podía arrebatarse á los ojos de un ejército enemigo diez veces mayor; pero como el emir conocía hacia tiempo la hospitalidad francesa con los enemigos, convencido de que lograría su fin, poniendo esa smalah bajo nuestra proteccion, decidió traerla á nuestro territorio y salvarla de los marroquíes.

Una vez tomado este partido, Abd-el-Kader alzó sus tiendas de Zaiu y se dispuso á atravesar el Meluia. Esto fué en el campo marroquí que no le perdía de vista la señal de un combate encarnizado donde el emir no cesó un instante de exponer su vida para proteger la de sus fieles servidores. A la cabeza de un puñado de hombres determinados cubrió con su propio cuerpo su smalah en el paso de Meluia, y en el de la llanura del Trifa hasta el Kys, arroyuelo que limita las tierras francesas.

La smalah le atravesó fácilmente. Abd-el-Kader viéndola al abrigo se separó de ella y se dirigió hacia el Sur llevando solo en su compañía un corto número de amigos con su familia y los suyos, en todo unos 70 ó 80 caballos y mulas.

Ahora bien, durante la primera noche de marcha, cuando atravesaba la tribu de los Syrdas preguntó á un hombre del país el camino de las fuentes del Kys y de la garganta de Kerbus en los Beni-Snassen. Por un acaso singular que decidió quizás de la suerte del emir, ese hombre era de los ginetes del kaid de los M'syrdas y le reconoció. Al punto llevó la noticia á su amo que la transmitió inmediatamente á M. de Lamoriciere.

Desde entónces era evidente que Abd-el-Kader trataba de deslizarse entre las columnas francesas y marroquíes para lanzarse por el país de los Beni-Snassen en el Sur, hacia una fraccion de Hamianes insumisos para poder de allí sino continuar la guerra, al ménos buscar en el desierto un asilo contra nuestra persecucion y esperar quizás dias mejores.

Nuestro general sabedor de la preciosa noticia envió de vigilantes á la garganta de Kerbus veinte spahis vestidos con albornoz blanco para engañar al emir, y mandados por Mohammed-bu-Khonia teniente indígena. Debía situarse en la boca de la garganta á unas dos leguas de nuestra frontera; le seguía un peloton de otros tantos hombres para apoyarle si era necesario. Era el 24 de diciembre por la noche.

Lamoriciere dejó al mismo tiempo su campo de Sidi-Mohammed-el-Uessini y se adelantó hacia la frontera á la cabeza de su columna.

La lluvia caía á torrentes; la oscuridad era completa. Todo el mundo esperaba la prision del hombre que durante diez años nos había hecho tan cruda guerra. Muchos correos enviados por el kaid de Uchda ó por los príncipes marroquíes informan de los menores movimientos del emir á nuestro general que vigila y los señala en su mapa.

Se transmiten estas interesantes noticias al señor duque de Aumale, de cuyas resultas el joven gobernador sale de repente hacia el Oeste á bordo del *Solon*, uno de los vapores mas rápidos del Mediterráneo en aquel tiempo.

A. V.

Hombres ilustres

DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA.

JOSÉ MARÍA HEREDIA.

Ya los señores Acosta, y Tapia Rivera, en los números 163, 166, 167, 169 y 170 de esta Revista, viniendo á

nuestra ayuda, han regalado á los abonados al CORREO, con las bien escritas biografías de D. Francisco José de Caldas y D. José Campeche. Es un estímulo para nosotros ver que se sigue nuestro ejemplo por personas capaces é ilustradas. Entretanto, desearo hacer conocer los personajes que han dado honor á la América, con sus escritos ó sus nobles hechos, continuaremos la tarea que nos hemos impuesto con nuestros ensayos biográficos.

Por lo que ya hemos trascrito de las obras de varios americanos, se puede haber venido en conocimiento de la escuela á que pertenecen los principales poetas del nuevo continente.

La poesía, es la observacion de la naturaleza y su pintura fiel; la investigacion de lo ideal y su legítima expresion. Para nosotros, es indiferente la escuela á que se pertenezca; dadnos genio, sentimiento, y sobre todo verdad y fin moral; y poco nos importa el ropaje con que se vista el pensamiento.

En general, en América, la poesía sentimental ha tenido mas séquito que la descriptiva. Nuestros mas antiguos vates pertenecen, en su mayoría, á la escuela clásica, en cuanto al asunto y en cuanto á la forma. Navarrete sería una de las pruebas de nuestra asercion. Los que vinieron despues, — Madrid, Bello, Olmedo, etc., son clásicos en cuanto á la forma, románticos por lo que dice relacion al concepto. Los mas modernos, — Caro, Lozano, Maitin, Mármol, y aun Julio Arboleda, á pesar de sus protestas de clasicismo, tienen su genuina filiacion en la escuela romántica.

Sin entrar en discusiones, agenas de este lugar, sobre la bondad de una ú otra escuela, dirémos que estamos por las reglas y el respeto á las formas, siempre que ellas sean necesarias y no vengan á ser las amarras del pensamiento. La verdadera regla de todos los escritos como de todas las acciones, es el respeto á la verdad, al buen sentido y á la lógica. Que se expresen los sentimientos en su justa manera de ser; que en todo se le dé su lugar á la razon; que se describa ó cuente lo que existe, puede ó ha podido existir: hé ahí todo. Bajo este punto de vista, el romanticismo, que dá mas vida y movimiento á todos los sujetos que ocupan al escritor, será en adelante, si nó la bandera exclusiva, por lo ménos la que cuente mas afiliados. El romanticismo es al clasicismo, lo que las formas constitucionales á las autocráticas.

Pero el hombre abusa de todo: salido de la esclavitud, corre tras la licencia: medio emancipado de la sujecion clásica, se lanza en abierta lid contra la lógica, la sínderesis, la verdad, y aborta horrosas concepciones. Pero el romanticismo así entendido, no es el romanticismo del Dante, del Tasso, de Lope, de Calderon, de Shakspeare, de Byron, de Schiller — no! eso es algo mas informe que el *Homunculus* de Wagner.

La escuela romántica degenerada, ha introducido en religion el ateismo, en política la negacion de toda autoridad, y en literatura la rebelion contra toda regla.

Pero dejando esto á un lado; vengamos ántes de dar nuestros apuntes biográficos, á una pregunta que se nos ha hecho en algunos periódicos americanos, despues de publicado nuestro artículo sobre el Sr. Lozano: — ¿tiene la América una literatura que le sea propia? ¿sus literatos tienen originalidad?

Lo que pudiera imprimir á nuestra literatura un sello particular, original, sería el asunto: si nuestros vates, escritores de costumbres y romancistas, se ocuparan en la descripcion de las bellezas de nuestras ricas zonas, en la narracion de nuestras tradiciones, en el relato de todo lo que hubo de grandioso y noble en la lucha por nuestra independencia, en la pintura de nuestras costumbres: el asunto sería americano; y bajo tal punto de vista, contamos con pocas producciones de este género.

Si se refiere á la forma, al arte, — pueblos nacientes tenemos que ir á beber nuestros conocimientos á otra parte: otros han trabajado por nosotros, y en esta labor de la humanidad, venimos á recoger maduro el fruto. ¿Por ser originales, deberíamos pasar por todos los ensayos que han conducido á las sociedades adelantadas al punto donde están? La sabiduría de los siglos, se compone de la ignorancia de los siglos, ha dicho Chateaubriand; bien, pues: aprovechémosnos de esa sabiduría, sin pasar por esa ignorancia; eso nos cumple hacer á los americanos.

Nuestra literatura es original en cuanto á la descripcion de los objetos exteriores; es imitadora en cuanto á todo lo demás. Estamos en el principio de la obra; pronto la completaremos. Otros pueblos tambien han imitado y pudiéramos decir que todos á su vez han sido imitadores. Sin ir muy atrás, la literatura española imitó á la italiana, la francesa á la española y mas tarde á la inglesa; hoy la literatura española sigue á paso corto á la francesa, y tiene sus tintes de la inglesa y de la alemana: prueba de ello, el *Diablo Mundo* de Espronceda y las leyendas de Zorrilla, piezas que huelen de léjos á Byron, Goethe y Nodier. Nuestra literatura imita á todas; pero principalmente á la francesa, ya directamente, ya por la copia de los actuales poetas españoles.

Tenemos, es cierto, dramas recomendables, como los de Alarcon, Gorostiza, Garcia Quevedo; cumplidos cuadros de costumbres, llenos de fina sátira y chistoso ingenio, como el sainete « Las Convulsiones, » de Vargas Tejada; pinturas fieles de algunos caracteres americanos, como los que nos presentan en sus bellísimas poesías Hidalgo, Hazaesubi, Magariños Cervantes; cantos sentidísimos y filosóficos, como los de Madrid; odas magníficas describiendo las bellezas y riquezas de nuestro suelo, odas en las cuales campean el armonioso ver-

so, la dición castiza, las imágenes felices, como son la de Bello; la sublimidad del sentimiento y la filosofía en verso, en las poesías de Caro; la expresion de la ternura y de la melancolía, — el grito del alma en horfandad, en las bellísimas estrofas de Lozano y de Maitin; cantos arrebatadores en alabanza de nuestros héroes y de sus altas proezas en el tiempo de nuestra guerra magna, como son los que nos ha dejado Olmedo; valentísimas poesías llenas de patriotismo, en que se truena contra los guapetones de espada y lanza, que, con alevé mano, han herido el corazón de la Libertad en esas jóvenes Repúblicas — tales como el canto del Mármol contra Rosas.

Varias composiciones mas pudiéramos citar de inspiracion puramente americana, principalmente de Joaquin y J. Ortiz, de Lázaro Perez, de Narváez de Prospero Pereira, de G. Gutierrez González, etc., etc.; pero en general nuestra poesía como el resto de nuestra literatura, es imitadora, y desgraciadamente imita mas á la francesa que á otra alguna. La literatura es la expresion de la sociedad, se ha dicho; sí, pero algunas veces, como dice Lurine, la sociedad es la expresion de su literatura; y en este caso está hoy la sociedad francesa. La corrupcion de las costumbres dió nacimiento á esos dramas terribles, en que no faltan adulterios, envenenamientos, suicidios; á esas novelas y poesías, en que se disculpan, cuando no se ensalzan, los vicios mas vergonzosos; pero hoy la sociedad francesa, á su turno, es un reflejo fiel de su literatura: los personajes del drama y del romance van á encontrar vida y accion entre los espectadores y los lectores... ¡Y esa es la literatura que copiamos! (1)

Hay otro defecto entre muchos de nuestros poetas mas modernos: es el lujo exagerado en la descripcion de todo lo que pertenece al mundo exterior: el eco de los montes, las voces del desierto, el murmurio de las aguas, el susurro de las brisas, el canto de las aves, los albores que preceden al dia, los celajes que siguen al ocaso del sol, etc. Adornos que pueden ayudar á herosear un bello asunto, se convierten en el asunto mismo, cambiando así en lugares comunes lo que es verdaderamente poético, y olvidando la pintura de los caracteres, las creaciones de la razon y el ímpetu ardiente, ó la apacible serenidad del sentimiento. Algunos de esos poetas de la moderna escuela americana, nos describen siempre á sus bellas con ojos de azabaches, frente de jazmin, labios de coral, dientes de perlas, aliento de rosas, voz argentina, etc., etc., tal parece que fueran ó hubieran sido joyeros, botánicos y mineralogistas; pero se olvidan casi siempre de lo que vale mas que las prendas exteriores — el alma y el corazón.

Las metáforas, las imágenes sacadas de la naturaleza física, son bellísimas cuando no se abusa de ellas, y forman una de las galas de la poesía; pero su abuso hace los versos monotonos y afeminados. La *objetividad*, para hablar el lenguaje de la escuela alemana, no debe jamás anteponerse á la *subjetividad*. Goethe jamás las separó, y á esto atribuyen jueces competentes una de las principales causas de sus aciertos y de sus triunfos.

¿Tiene algun porvenir la poesía americana? Sí! La democracia, ha dicho Tocqueville que cierra el pasado á la poesía, le abre el porvenir. La mision de nuestra literatura para que llegue á tener un sello particular, original, ha de ser enteramente democrática: en este sentido, — que dé mas importancia al hombre en sí, que á las cosas que le rodean; que se preocupe de su gran destino; que tenga en mira el hombre, á la sociedad, la humanidad, el porvenir, — á Dios! Las leyendas, las canciones, los dramas, etc., sobre un hecho particular de un hombre, de una raza, ó de un pueblo, es lo que marca la fisonomía de la literatura aristocrática. La generalidad, la grandeza, la idea fecunda, es lo que caracteriza la literatura democrática. Pero esta debe esforzarse por tomar de aquella su cultura de lenguaje y la belleza de sus atavíos.

Hoy el ingenio humano, por medio de las ciencias naturales, ha realizado los sueños del poeta oriental de las *Mil y una noches*: así, la locomotiva de los caminos de hierro ó la máquina de los palacios flotantes, es la realizacion del famoso tapete que trasportaba de una parte á otra; el telégrafo eléctrico ó magnético, es el anteojo con que se podía ver á distancias prodigiosas; solo falta hallar la bendita manzana, que con solo olerla curaba todas las enfermedades. Si aun no se ha verificado este sueño del poeta oriental, al ménos, la higiene con sus progresos, ha mejorado y mejora la condicion física del individuo y de la sociedad.

Hacer, pues, de la literatura una palanca que preste impulso á la humanidad en su marcha progresiva: hé ahí lo que está reservado á la América, si quiere tener una literatura que le sea propia.

Pero dando de mano á tales disertaciones, pasemos á decir dos palabras acerca de uno de los mas dulces, inspirados y sublimes poetas que cuenta la América con orgullo.

JOSÉ MARÍA HEREDIA nació en Santiago de Cuba, el dia 31 de diciembre de 1803. Habiendo ido en compañía

(1) M. de Sainte-Beuve, entre otros muchos escritores serios de la época, lamenta el estado de desmoralizacion en que se encuentra la literatura francesa. En sus *Retratos de Contemporáneos*, tomo 3º, pág. 253, dice: « Yo no me disimulo los puntos de semejanza que puede ofrecer la escuela poética de Luis XIII, con la escuela poética de nuestros dias: las relaciones que existen entre una y otra, son las de una corrupcion precoz y una decadencia prematura. » — Por de contado, que la literatura francesa de hoy cuenta con ilustres representantes que anteponen á todo el buen sentido, el estudio serio y el amor á la verdad y á la razon moral; pero, ¿no forman ellos la excepcion? ¿no son sus obras las que ménos se leen?

de su virtuoso padre á Carácas, empezó allí sus estudios por los años de 1816, y mas tarde los continuó en la Habana. Como Caro, desde las primeras clases sorprendió á sus maestros por su precoz talento. Su aplicacion era grande y su aprovechamiento igual á su aplicacion. Sus condiscipulos le amaban tiernamente por sus maneras dulces, su carácter flexible y su lealtad cumplida.

Heredia, concluido que hubo sus estudios de literatura y filosofía, siguió los de jurisprudencia; y en 1823, se recibió de abogado en Puerto-Príncipe.

Desde los primeros años de su vida, Heredia manifestó no solo afición, sino entusiasmo por la poesía; hace pocos años, un periódico de la Habana publicó una composición de este poeta intitulada: «Ayer y hoy,» llena de sentimiento y de filosofía; el periodista afirmaba que dicha poesía habia sido compuesta por el bardo cubano, á la edad de trece años.

Pocos dias despues que Heredia se recibió de abogado, las autoridades de la Isla de Cuba creyeron tener sólido fundamento para reputarlo como complicado en la conspiracion que allí se descubrió en 1823; y la Audiencia de Cuba lo condenó á destierro perpetuo.

Fué esa condenacion el golpe mas terrible que pudiera asestarse contra Heredia, pues amaba á su patria con todo el fervor de su alma elevada y de su corazón noble; y no solo la amaba, sino que tenia el presentimiento que no podría vivir mucho tiempo lejos de los rayos de su sol y de la sombra de sus palmas. El clima de su país y las caricias y cuidados de su madre eran condiciones necesarias de su existencia.

El jóven proscrito se dirigió á los Estados Unidos del Norte, donde se dedicó con mas empeño á sus estudios favoritos, y dió rienda suelta á sus poéticas meditaciones. Su mas dorado sueño, su pensamiento fijo, su anhelo y su ambicion consistian en volver á ver las playas de su país natal. En su silva dirigida á *Elpino* hay los siguientes versos llenos de ternura:

¡Feliz, Elpino, el que jamás conoce
Otro cielo ni sol que el de su patria!
¡Ay! si ventura tal contar pudiera!

Tú empero, partes, y á la dulce patria
Tornas... ¡Dado me fuera
Tus pisadas seguir! ¡Oh, cuán gozoso
Tu triste amigo oyera
El ronco son con que la herida playa
Al terrible azotar del oceano
Responde largamente! sí, la vista
De sus ondas fierisimas, hirviendo
Bajo huracan feroz, en mi alma vierte
Sublime inspiracion, y fuerza y vida.
Yo contigo, sus iras no temiendo,
Al vortice rugiente me lanzara.

Oh! cómo palpitante saludara
Las dulces costas de la patria mia,
Al ver pintada su distante sombra
En el tranquilo mar del mediodía!

Tambien se revela el alma del poeta y su ferviente amor por el país natal, en los siguientes versos de su poema titulado «Placeres de la Melancolía»:

Patria!... Nombre cual triste delicioso
Al peregrino misero que vaga
Lejos del cielo que nacer le viera!
Ay! ¿Nunca de tus árboles la sombra
Refrescará su dolorida frente?
¿Cuándo en la noche el músico ruido
De las palmas y plátanos sonantes
Vendrá feliz á regalar mi oído?

... Mis ojos anhelantes
Miran á Cuba, y á su nombre solo
De lágrimas se arrancan. Por la noche
Entre el ronco rugir del viento airado
Suena el himno infeliz del desterrado.
O si el Océano inmóvil se adormece
De Junio y Julio en las ardientes calmas,
Ansioso busco en la distante brisa
La voz de sus arroyos y sus palmas.

En 1823, Heredia se dirigió á Méjico, donde contaba con amigos influentes y admiradores de su talento y sus virtudes. En 1827 se casó en la capital de esa República.

Durante su residencia en Méjico, Heredia desempeñó varios encargos públicos; fué sucesivamente oficial de una secretaría de Estado, juez de primera instancia, fiscal de la Audiencia, y diputado á la legislatura de Méjico.

En 1836 ó 37, pudo alcanzar de las autoridades de la Isla de Cuba, que le permitieran volver á su patria, prometiendo salir otra vez para el destierro, despues de haber abrazado á su madre, á quien amaba tiernamente. Parece que Heredia, al dar este paso, hubiera presentado su cercano fin.

Al dejar las playas de su patria, las cuales no debia volver á ver jamás, se encaminó por segunda vez á Méjico, donde murió á fines de 1839, siendo, como dice su compatriota la dulce *Tula*:

Astro eclipsado en su primer mañana.

Varias ediciones se han hecho de las poesías de Here-

dia; la primera apareció en Nueva-York, en 1823, otra hay de Barcelona, hecha en el año de 1840, la última es de Madrid, de 1852; tambien hemos oido hablar de una edicion mejicana.

Heredia redactó durante tres años un periódico literario intitulado «La Miscelánea,» publicado en Méjico. Tambien escribió unas *Lecciones de Historia* y varios opúsculos literarios.

En España se tienen en mucho las poesías de Heredia; ellas han sido elogiadas por jueces tan competentes como Lista, Nicasio Gallego, Martínez de la Rosa, Pastor Diaz y Zorrilla. En América, no hay aficionado alguno á la literatura que no conozca los cantos del cisne cubano, cantos que han sido admirados por Bello, García del Rio, Irizarri, y los ilustrados editores de *la América Poética*.

Bello, en el tomo segundo del *Repertorio Americano*, se expresaba con respecto á los versos de Heredia de la manera siguiente:

« Sentimos no solo satisfaccion sino orgullo en repetir los aplausos con que se han recibido en Europa y América las obras poéticas de don J. M. Heredia, llenas de rasgos excelentes de imaginacion y sensibilidad; en una palabra, escritas con verdadera inspiracion. No son comunes los ejemplos de una precocidad intelectual como la de este jóven.

» Entre las prendas que sobresalen en los opúsculos del señor Heredia, se nota un juicio en la distribucion de las partes, una conexion de ideas, y á veces una pureza de gusto, que no hubiéramos esperado de un poeta de tan pocos años. Aunque imita á menudo, hay por lo comun bastante originalidad en sus fantasías y conceptos, y le vemos trasladar á sus versos con felicidad las impresiones de aquella naturaleza majestuosa del ecuador, tan digna de ser contemplada, estudiada y cantada. Encontramos particularmente este mérito en las composiciones: «A mi caballo,» «Al Sol,» «A la Noche,» y «Versos escritos en una tempestad;» pero casi todos descubren una vena rica. Sus cuadros llevan por lo regular un tinte sombrío, y domina en sus sentimientos una melancolía, que de cuando en cuando raya en misantropía, y en que nos parece percibir cierto sabor al genio y estilo de lord Byron.

» Tenemos en esta coleccion poesías de diferentes caracteres y estilos, pero hallamos mas novedad y belleza en las que tratan asuntos americanos, ó se compusieron para desahogar sentimientos producidos por escenas y ocurrencias reales. »

Es de sentirse que Heredia usase á menudo en sus poesías de las imágenes mitológicas, y que se valiese con frecuencia de toda la fantasmagoría gentilica. «Da lástima, podemos decir con Bello, que encontraba los mismos lunares en los sonetos de Moratin, ver ensartados en un estilo y versificación tan hermosos unas flores tan ajadas y marchitas. »

El ilustrado crítico americano ya citado, encontraba que Heredia, «siguiendo las huellas de Melendez y de otros célebres poetas castellanos de estos últimos tiempos, habia tomado, por desgracia, la afectacion de arcaísmos, la violencia de construcciones, y á veces aquella pompa hueca, pródiga de epítetos, de terminaciones peregrinas y retumbantes. »

Vamos ya á recorrer algunas de las poesías del célebre cantor del Niágara.

En los versos á la señorita... en el baile hay fuego, pasion, y en sus últimas estancias contrasta con ese amor apasionado del poeta, un sentimiento de generosidad y abnegacion digno de un alma noble y elevada. Dice así el poeta:

¿Quién hay, mujer divina,
Que al mágico poder de tus encantos
Pueda ya resistir? El alma mia
Se abrasó á tu mirar: entre la pompa
Te contemplé del estruendoso baile,
Do en medio de las bellas descollabas,
Cual palma gallardísima y erguida
De la enlazada selva en la espesura.
De tus rosados labios la sonrisa
Mas grata me es que en el ardiente Julio
De la sonante brisa al fresco vuelo;
Y tus ojos divinos resplandecen
Como el astro de Venus en el cielo.
Pero ágil y serena
Al compás de la música sonante
Partes ¡ay Dios! y mi agitado pecho
Palpita mas y mas. Cual la azucena,
Que al soplo regalado
Del aura matinal mueve su frente
Que coronó de perlas el rocío,
Así de gracias y de gloria llena
Giras ufana, y la expresion escuchas
De admiracion y amor, y los suspiros
Que vogan junto á tí; que ya electriza
A todos y enamora
Tu beldad, tu abandono, tu sonrisa,
Y tu actitud modesta, abrasadora.

Mas adelante continúa así:

... Oh! si pudiera
Hacer que me adoraras cual te adoro,
Cuán fuera yo feliz! Cómo viviera
Del mundo en un rincon, desconocido,
Contigo y la virtud!...

Mas no, infelice:

Yo de dolor y angustia la llenara;
Yo en su alma candorosa derramara
La agitacion amarga y dolorosa
Que turba y atormenta
Mi juventud ardiente y borrascosa.
No, mujer adorada!
Vive feliz sin mí... Yo generoso
Gemiré y callaré; seré dichoso
Si eres dichosa tú... Benigno el cielo
Oiga mis votos fervidos y puros,
Y grato te conceda
De la inocencia la apacible calma;
La deliciosa paz, la paz del alma
Que severo y terrible me ha negado,
Cuando me ha condenado
A gemir y apurar sin esperanza
El cáliz del dolor y la amargura,
Y á que nunca me halaguen
Sueños de amor y paz y de ventura. »

Su composicion «En una tempestad» contiene pinceladas maestras, y hay en ella calor y elevacion. En la parte descriptiva es bien feliz el poeta, como vamos á verlo:

Huracan! huracan venir te siento
Y en tu soplo abrasado
Respiro entusiasmado
Del Señor de los aires el aliento.

En las alas del viento suspendido
Vedle rodar por el espacio inmenso,
Silencioso, tremendo, irresistible
En su curso veloz. La tierra en calma
Siniestra, misteriosa,
Contempla con pavor su faz terrible.
Al toro no mirais? El suelo escarba
De insoportable ardor los piés heridos,
La frente poderosa levantando,
Y en la hinchada nariz fuego aspirando
Llama la tempestad con sus bramidos!
Qué nubes! qué furor! El sol temblando
Vela en triste vapor su faz gloriosa,
Y su disco nublado solo vierte
Luz fúnebre y sombría,
Que no es noche ni día...
Pavoroso color, velo de muerte!
Los pajarillos tiemblan y se esconden
Al acercarse el huracan bramando,
Y en los lejanos montes retumbando
Le oyen los bosques, y á su vez responden.

Llega ya... No le veis? Cual desenvuelve
Su mantó aterrador y majestuoso!...
Gigante de los aires, te saludo!...
En fiera confusion el viento agita
Las orlas de tu parda vestidura...
Ved!... en el horizonte
Los brazos rapidísimos enarca,
Y con ellos abarca
Cuanto alcanzo á mirar de monte á monte.

Oscuridad universal!... Su soplo
Levanta en torbellinos
El polvo de los campos agitado!...
En las nubes retumba despeñado
El carro del Señor, y de sus ruedas
Brotó el rayo veloz, se precipita,
Hiere y aterra al suelo,
Y su lívida luz inunda el cielo.

¿Qué rumor? ¿Es la lluvia... Desatada
Cae á torrentes, oscurece el mundo,
Y todo es confusion, horror profundo.
Cielo, nubes, colinas, caro bosque,
¿Dó estais?... Os busco en vano:
Desaparecisteis... La tormenta umbría
En los aires revuelve un océano
Que todo lo sepulta...
Al fin, mundo fatal, nos separamos:
El huracan y yo solo estamos.

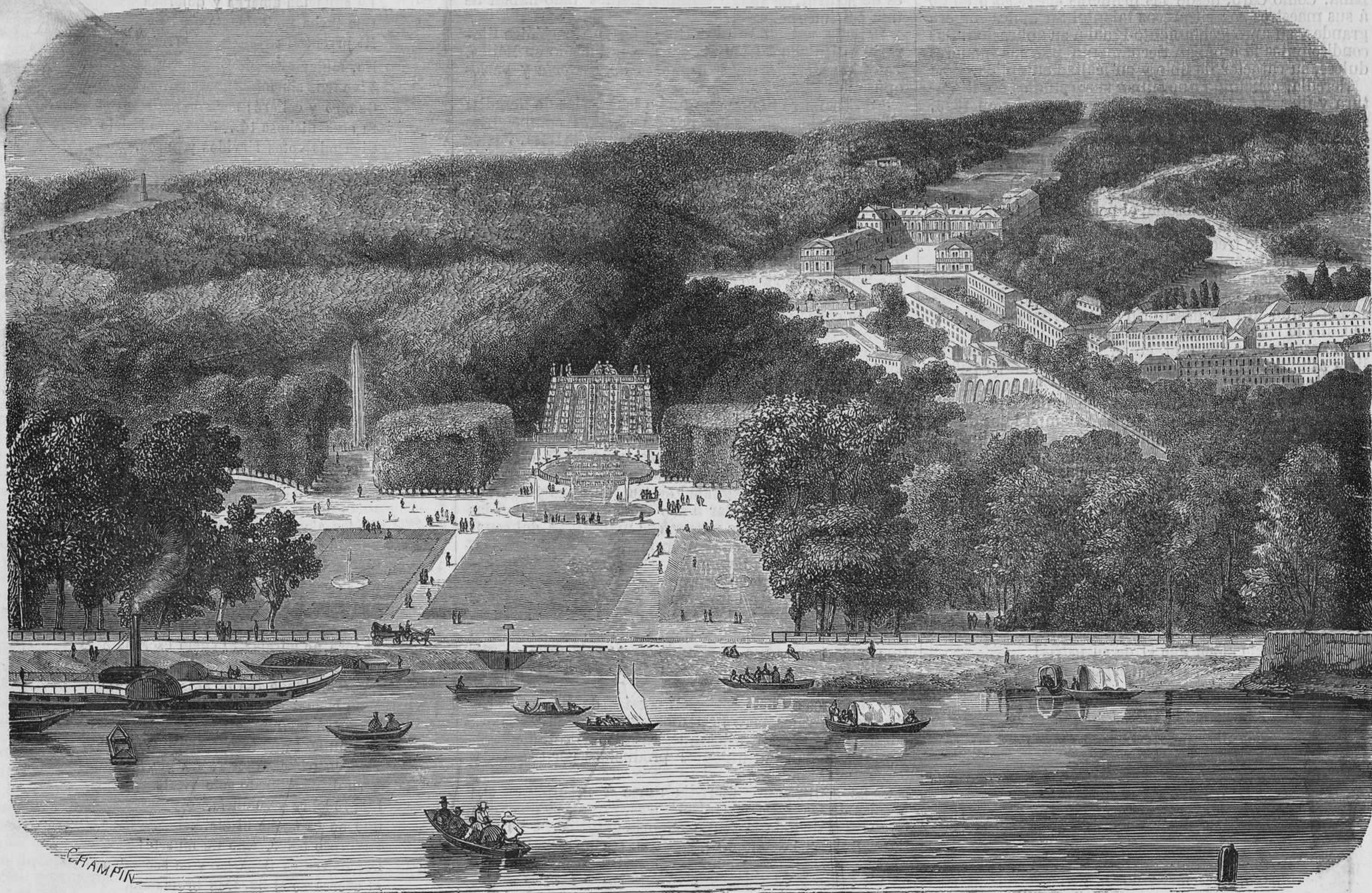
¡Sublime tempestad! ¡Cómo en tu seno
De tu solemne inspiracion henchido,
El mundo vil y miserable olvido
Y alzo la frente de delicia lleno!
¿Dó está el alma cobarde
Que tema tu rugir?... Yo en tí me elevo
Al trono del Señor: oigo en las nubes
El eco de su voz: siento á la tierra
Escucharle y temblar. Ferviente lloro
Desciende por mis pálidas mejillas,
Y su alta majestad trémulo adoro.

J. M. TORRES CAICEDO.

(Se concluirá.)

Saint-Cloud.

Saint-Cloud, á siete kilómetros de Paris, es una residencia real situada sobre una colina en la orilla izquierda



parque y el palacio de Saint-Cloud á vista de pájaro.

da del Sena. Saint-Cloud está considerado como uno de los puntos mas agradables de los alrededores de Paris. Podria decirse que sería necesario andar mucho camino para hallar un panorama mas extenso, arboledas mas

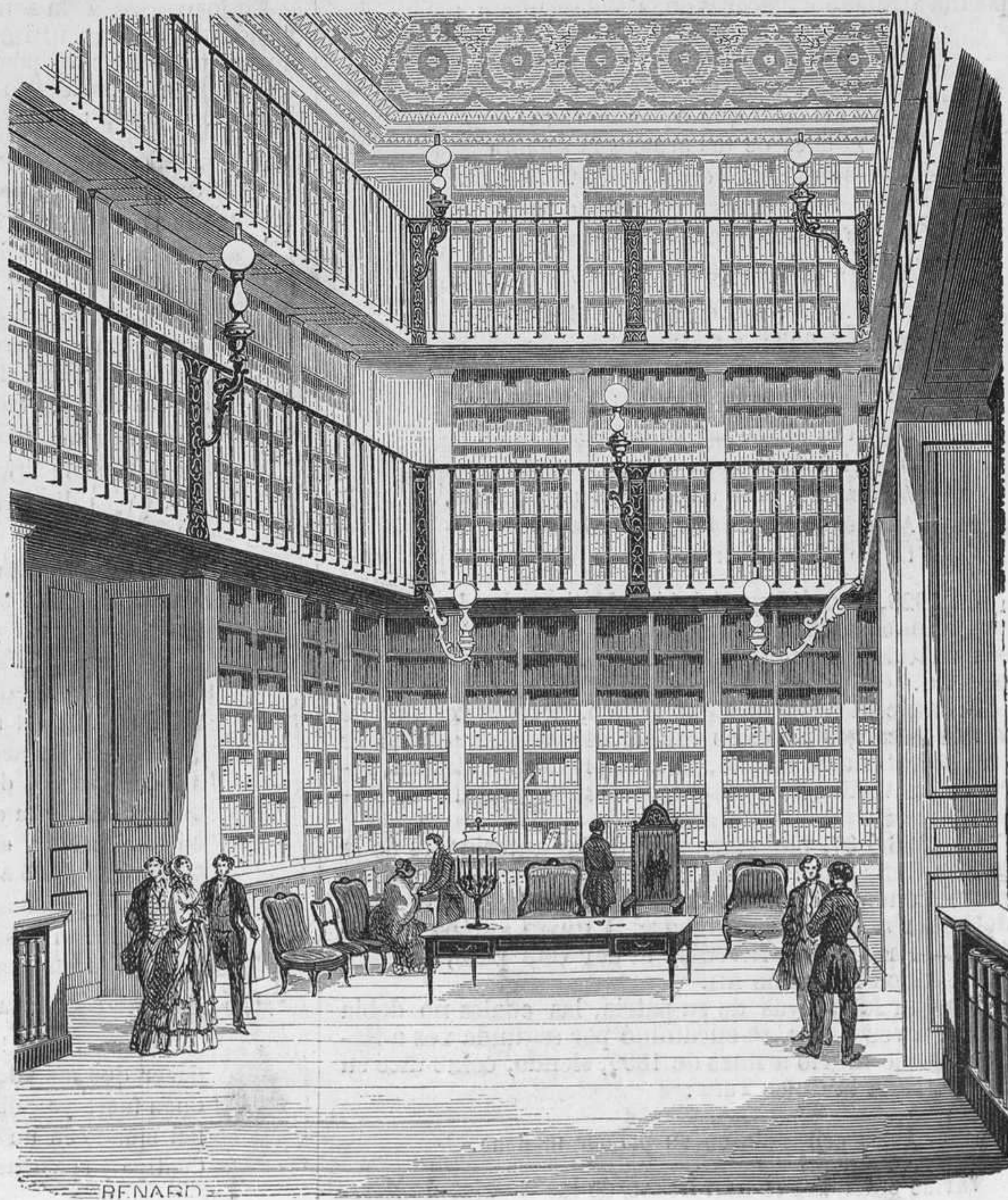
frondosas, paseos mas silenciosos y agradables. Basta entrar en Saint-Cloud para comprender todo el encanto de esta localidad que disfrutando de la doble ventaja de ser á un tiempo popular y real, atrae á la muchedum-

bre y al pueblo lo mismo que á los reyes y á los cortesanos.

El origen de Saint-Cloud se pierde en los principios de la historia de Francia.—Este nombre de *Saint-Cloud*



Saint-Cloud. — La escalera principal.



La Biblioteca.

proviene, según dicen, de Clodoal de el sobrino de Childebarto y de Clotario que habían mandado asesinarle. Clodoal de fué salvado por unos marineros, y en muestra de gratitud quiso dar su nombre al país de sus libertadores.

Pasamos rápidamente sobre estos documentos primitivos siempre muy equívocos y que en todo caso figurarían mejor en un resumen histórico que en un artículo como este. Así pues, nos contentaremos con apuntar que en los primeros años del reinado de Luis XIV el dominio de Saint-Cloud pasó á la casa de Orleans. De entonces data su origen verdadero. Los arquitectos Gerard, Mausard y Le Pautre reconstruyeron en gran parte los edificios. El célebre Le Notre fué encargado de trazar los jardines; aquí trabajaba sobre un terreno lleno de cuevas que debía suministrarle ocasión de mostrar su genio de

otra manera que en la tierra llana de Versailles.

A Le Notre se deben pues, esas calles de árboles tan nobles y graciosas, esos mil paseos de un aspecto tan seductor, todo lo que constituye el encanto eterno de esa residencia de Saint-Cloud que muchas personas no vacilan en preferir á otros lugares de recreo cortados sobre un patrón mas grande.

El palacio se halla situado á la extremidad de una ancha arboleda. El exterior es de un estilo de arquitectura muy sencillo, y sin embargo muy elegante. El interior merece visitarse; llaman la atención en él una escalera monumental, un salon espléndido que lleva el nombre de « Galería grande, » la biblioteca y otros aposentos adornados con magnificencia y donde abundan los objetos de arte mas preciosos; entre otras cosas se ven allí los mejores lienzos de Mignard y tapices de los Gobelinos de una perfeccion extraordinaria.



La galería grande.



Fachada del palacio sobre el parque reservado.

Los jardines de Saint-Cloud no tienen ese aspecto de uniformidad mas ó menos majestuosa que se descubre en la mayor parte de los grandes jardines franceses. La arboleda principal que se extiende de la verja á la cascada, los bolingrines circulares, las pintorescas alamedas que conducen á Ville de Aray, ofrecen una porcion de aspectos tan graciosos como variados.

Las fuentes de Saint-Cloud son dignas de admiracion aun despues de las maravillas de Versailles. Considérase como un espectáculo de los mas bonitos en este género el que presenta la cascada grande que forma una sucesion de capas de agua tan hermosas y tan frescas en medio de los grupos de estatuas y de las magníficas sombras que las rodean.

También se admira un surtidor que llaman *el surtidor Gigante* por ser el mas alto y mas fuerte de todos los que se han construido hasta ahora.

Para disfrutar de todo el conjunto de la perspectiva que se descubre en Saint-Cloud, los paseantes no dejan nunca de subir á un pequeño monumento que la voz de la multitud se obstina en designar con el nombre de *Linterna de Diógenes*, en tanto que su verdadero nombre es el de *Linterna de Demóstenes* puesto que es una copia exacta del monumento del mismo nombre que fué construido en Atenas por el escultor Lisicrates, discípulo de Lisipo, bajo el reinado de Alejandro.

En Saint-Cloud hay una feria famosa que se celebra todos los años al fin del estío, á la que concurre todo Paris, siempre que el tiempo tiene á bien permitirlo.

Cuadros Brasileños.

I.

Entusiastas en extremo de la sencilla y majestuosa naturaleza, vemos con admiracion los cuadros divinos que nos presenta en las regiones equinociales de la América. Este sentimiento tiene por ventura mas hondas raíces en nuestra alma de lo que creemos, y estudiándonos con detencion, hallamos que el nuevo mundo con su aterciopelado cielo, ondas de encaje, vegetacion fabulosa y bizarra, virginidad sin mancilla, despierta en nuestras facultades intelectuales entusiasmo, admiracion, júbilo y arrobos tanto mas profundos cuanto mayor cuidado ponemos en concentrar las emociones que suscitan en nuestro ánimo, ambicioso por instinto de lo que es bello, sublime y fuera de lo trillado.

La originalidad, — ese destello de la mente divina, — con que la naturaleza se presenta á nuestros ojos en estas regiones bienhadadas, nos avasalla: y en medio de nuestro anonadamiento nos lanzamos en un piélago insondable de maravillas que solo la América del Sur posee, y que quizá esconde celosa á la vista del extranjero, vistiendo sus enriscadas montañas y coquetas colinas con transparentes gases, que dejan ver en lontananza misteriosas sinuosidades: bien así como la hermosa doncella que conoce sus gallardas prendas y por un refinamiento de hechura coquetaría medio cubre su angélica faz con un velo sutil que, agitado por el cefirillo, ya de este lado ya del otro, hace desesperar de amores al amartelado espectador, que sigue con ojos devoradores las ondas mas pequeñas, formadas por el delicado sendal al entorno de la hechicera mujer.

En general se hace poca justicia al continente de Colon, y se adorna con rica pedrería lo viejo no curándose de la virgen Sur-americana. No es extraño; porque allá en el mundo vemos con harta frecuencia que, cuando se han marchitado las rosas de la mocedad, se procura tapar las arrugas de la vejez con el brillante oropel de las joyas; mientras que la lozana y donosa juventud no necesita mas que presentarse con sencillez para ser admirada.

Antes de entrar en materia nos será concedido dar una idea de lo que pretendemos bosquejar en la serie de artículos que bajo el epígrafe « Cuadros Brasileños » emprendemos hoy. Describiremos el país, haremos una reseña de sus instituciones, de su modo de ser político, de sus adelantos, de su comercio, de su riqueza, de su estado de civilizacion, de sus establecimientos públicos, de sus costumbres, de su carácter nacional, de lo que existe y de lo que promete; poniendo de este modo á nuestros lectores al corriente de lo que es en realidad el gran imperio del Brasil. Nos sirven de base para escribir hechos, documentos, testimonios agenos y propios y la verdad unida á la justicia.

II.

Toca el Brasil por un lado del hemisferio el 5° grado de latitud boreal, y por el otro se extiende hasta el 34° 13' de latitud austral, acariciado por el Atlántico en un trecho de 1,200 leguas. Dejando á un lado su vasta extension de 800 leguas de N. á S. y de 720 de E. á O. con sus 400,000 leguas cuadradas de superficie, dirémos solamente que las bellezas del imperio no pueden apreciarse, cual merecen, sino se ven. Sirvenle de límites al N. y al S. los dos mayores rios del mundo sin enumerar centenares de otros que mares serian llamados por los geógrafos, si se hallasen en otras partes mas frecuentadas, y contiene cuanto hay esparcido en la haz de la tierra. El Brasil no ambiciona mas tierra, ni mas riquezas naturales.

El reino vegetal no solo nos presenta el inmenso número de mas de 24,000 especies de plantas, arbustos y árboles, sino que las medicinales ascienden casi á la tercera parte de las enumeradas. En sus mercados se hallan venales, como productos del país, fresas, melocotones, peras, manzanas y otros muchos frutos europeos. Los hay del Asia, y son sabrosísimos los innumerables con que la América equinoccial regala al sibari-

ta. La vegetacion lujosa que viste sus montes y florestas, tanto en el interior como en las costas, es tan fabulosa en realidad como lo era en imaginacion la de los poetas griegos y latinos al cantar sus campos eliseos de la bella Bétis.

Si se apodera el asombro de los naturalistas y botánicos, haciéndoles incrédulos, cuando describimos el ciprés de Atlixco, — *cupressus mexicana*, — llamado por los indígenas *ahuehuelt*, cuyo tronco mide cerca de 24 varas castellanas de circunferencia, — dando asilo en el hueco de su carcomido tronco á 14 hombres á caballo; — ó la bella *limonia trifoliata*, cuyo delicioso fruto es la corona de los opíparos banquetes; ó las ceibas de la América del Centro, — *eriódendron anfractuósum* — y *bombax americana*, cuyos colosos de vegetacion se ciñen solamente con cinturones de 23 varas; ó los bambús de Vera-Paz que levantan sus puntiagudas cimas 30 y mas varas sobre la superficie de la tierra, — cañas que agitadas por la brisa merecen ciertamente el nombre de arpas eólicas sur-americanas: — ¿qué no les sucederá si visitan los alrededores de Rio de Janeiro y hallan árboles como el *jequitibá*, — *pyxidaria macroparpa* — cuyo corpulento tronco mide á flor de tierra 60 palmos de circunferencia y da con la teodolita 220 palmos de altura? (1)

¿Qué no le sucederá al que visite estas tierras bienhadadas, — que van elevándose gradualmente desde las bajas costas hasta las colosales eminencias de 6 mil piés sobre el nivel del mar? ¿Qué no le sucederá si ve varias familias de elegantes palmas, si ve cipreses, pinos, encinas, álamos, zapotes, árboles de jabon, — cuyo fruto suministra una espuma que sirve para lavar la ropa como el jabon, — olivos silvestres, palo amarillo, algarrobos, robles, sabinos, higueras, granadillos, sauces, totumos, cocos, mameyes, corozos, cerezos, aguacates, nopales, cotoperices, anones, chirimoyos, piñas ó ananas exquisitos y de muchas clases, zarza parrilla, palma-cristi, *salvia fulgens*, bambús, ponciana, algodoneros, limoneros, naranjos, granados, membrillos, melocotones, cafetales, alberchigos, manzanos, limoneras, cidras, toronjas, guayabos, *maracujás*, *cambucás*, bainilla, cacao, té, mate, y cuantos frutos, flores y yerbas medicinales se conocen y muchas que aun están por conocer?

III.

Si del reino vegetal pasamos al mineral, ¿qué de riquezas no hay que enumerar! Antimonio, plomo, estaño, hierro, cobre, mercurio, plata, oro, diamantes, topacios, záfiro, rubíes, amatistas, lápiz-lázuli, ágatas, opalos, mármoles, jaspes, basalto, granito, y otros minerales, sin excluir la sal gema, — son abundantes.

Es portentoso considerar que en medio del atraso é incuria en que se hallaba este pueblo en 1782, — época en que se descubrieron las afamadas minas de oro y diamantes, — hasta fines del siglo, — en 12 años escasos, — ingresaron en las arcas reales de Lisboa 14,280 quintales de oro tan puro como el de Ofir, y 2,200 libras de diamantes. ¿No se podría haber hecho un arroyo deslumbrador con tanta piedra preciosa? Pues el Brasil de ahora es inmensamente mas rico que el de entónces. Todos los días se descubren minas, como las del Tury-Asú, — en el Marañon, — que son una prueba manifiesta de lo que avanzamos.

La variedad de climas á cortas distancias es sorprendente. Rio de Janeiro y el imperial sitio de Petrópolis están á media jornada; y mientras en la corte hace un calor sofocante, en Petrópolis se visten de invierno los colonos alemanes y se goza de un temperamento de otoño.

El reino animal no cede á ninguno de los otros. Hay tanta variedad de volátiles de vistosas plumas, de cuadrúpedos útiles y bestias montaraces que largo sería querer enumerarles: lo único que dirémos es que la riqueza natural de este suelo es tan grande que exageracion parece la misma verdad. Las provincias que se disputan la supremacia en este reino son las de Piahy, Ceará, Minas, Rio Grande del Sur, etc., etc.; cuyas praderas son pingües é inmensas. No les van en zaga en buenos pastos las de Sergipe, y Rio de Janeiro; aunque á todas las supera la de Rio Grande del Sur.

El Brasil posee los mejores alimentos del mundo, ya en cetería, ya en pesca, ya en legumbres, ya en granos. Las costas de Paraíba, Alagoas y Rio Grande del Sur suministran delicados peces: el Amazonas abunda en ricos pescados, y todos sus rios están poblados de deliciosos manjares.

Por fin, el genio de los europeos, ya del Norte ya del Sur, hallará aquí esos bosques seculares que empujan orgullosos sus copas hasta esconderlas en las nubes, y que impiden que los rayos del sol calienten con sus ardorosos besos los sombríos valles: hallará aquí cascadas que murmullen soledad y paz precipitándose entre las breñas: hallará aquí aves de vistoso plumaje y armoniosos cantares: hallará aquí cuanto desear puede. Se creará en las pintorescas posiciones de los Alpes, en los enriscados Pirineos, en los embalsamados Apeninos, y no podrá darse cuenta de las emociones que sentirá su pecho al soplo de la brisa tropical.

Para que nuestros lectores puedan formarse una idea aproximativa de lo que es la entrada á la capital del imperio, bosquejaremos su bahía, como se columbra desde la altura del mar.

IV.

Era la hora en que las timiamas de las florestas bra-

(1) El 19 de diciembre de 1853 fué S. M. el Emperador á visitar este año de siglos, testigo quizá del cataclismo.

sileñas suben en espirales al solio de la majestad divina — aromas deliciosos que embalsaman el espacio: — la nao se mece ufana á la vista del *Pan de Azúcar* (1), las azules olas del Océano jugueton la besan á porfía: la incomparable bahía con sus montes y buques parece un mundo de gigantes que yerran en los indefinibles límites del universo y la eternidad: la niebla cubre con su humoso manto á la reina del Brasil: uno es todo ojos, no de curiosidad sino de admiracion: el terral acaricia con sus perfumes, dando la vida que el hálito de ámbar de una virgen comunica al feliz mortal, que se aproxima á sus labios de cinabrio: — de improviso el crepúsculo aparece.

En la lejana faja del undoso horizonte del Atlántico se agrupan sin cuento nubecillas de azogue y color de miel, formando plumas, copos y centenares de fantásticas figuras de primor solo visto en el cielo equinoccial, las cuales rozando el espumoso piélago, le besan á su vez mórbidamente con ondas de argentina filigrana. El mar está tranquilo, cual el rostro de un niño que concilió el plácido sueño en el regazo de cariñosa madre, y simboliza así la dulzura de carácter que distingue al pueblo, cuyos márgenes acaricia con pasion. Los vapores exhalados por la tierra son tan maravillosamente dilatables que al poco rato de crepúsculo matutino ya han ganado grande parte del horizonte sensible, delineando templos, cuvas aéreas bóvedas comienzan en la tierra y se esconden en el arco del semicristalino cielo: — homenaje que tributa al Hacedor la creacion en reconocimiento de haber sido engalanada con tan pródiga mano. Esas naves y basílicas de randa é ilusiones, que eclipsan las obras de los hombres, tienen tantos incensarios, cuantas plantas y flores esmaltan el suelo bienhadado que tengo ante mis ojos; tantos perfumes cuantos vapores emana la tierra, tanto oro cuantos fulgores esparce el disco candente del sol, que hace alarde de sus brillos en esta alborada: y aunque no asoma aun del todo por entre el inquieto manto de cristal, que le esconde en parte á mis miradas; no obstante da colores tan vivos á los arcos, ogivas y columnas del ilusorio templo, que parecen de oro puro chispeando en el crisol. Resuenan tantas voces melodiosas en los encantadores imaginarios cimborios, cuantos son los pintados y parleros cantores que, triscando de rama en rama, remontan su rápido vuelo, cerniéndose en el espacio: sus cortinajes de color de naranja y carmin, recamados de violeta y plata mate, están franjeados de fuego é inquieto azogue. Poco á poco rios de luz y ráfajas de fulgor se disputan á porfía inundar el centro del portentoso templo: el foco de ese docel inconcebible de belleza va á convertirse en una llama deslumbradora que inundará con diáfanos ondas hasta los mas remotos confines. La vista no puede abarcar tan divina aurora, perpleja en la eleccion de tamaños encantos. A derecha é izquierda, en el arco del firmamento y en el centro, gases de transparencia no soñada forman colgaduras, rosetones, arcadas, ogivas, festones, plumeros orientales y cuanto imaginarse pudo la ferviente imaginacion del poeta eleno. El astro gigante del día asoma por entero y cubre con sus alas de luz las crestas de los empinados montes, como celoso de que yo vea los besos vivificadores que da á esa tierra en los primeros arrebatos de sus virginales amores. Enagenado, fuera de mí, con el aliento suspendido miro aun el cielo, cuando el retumbo del cañon repitiendo su eco rumoroso en las sinuosidades de las montañas, me saca del enagenamiento y hace que vuelva los ojos á los cerros que me circundan. (2)

A la vista de la bella-sublime bahía, que puede contener en su anchuroso seno todas las armadas del mundo, cien y cien reminiscencias de juventud se agolpan á las mientes. (3) Nápoles, esa ciudad de maravillas, ese museo de portentos, ese emporio de riqueza, ese tesoro del sabio, ese teatro de delicias pasa, en ensueño, por la fantasía, como rico panorama, despertando las primeras impresiones de la niñez; pero pronto se hunde en el olvido, perdiendo aquel cielo de raso tremolante, y el humo del mongibelo, y las quintas de placer, y sus obras maestras de arte, todo el ascendiente que produjeran en la imaginacion. Parthénope es la sombra, Rio la realidad de la poesía que soñé toda mi vida. En Parthénope veo al hombre disputando á brazo partido con la naturaleza, queriendo corregir lo que cree errores en ella, adornando lo que juzga desprovisto de galas, acumulando montes de mármol y jaspes, vistiendo á la moda á aquella Venus semigriega y desfigurando de ese modo á la de Páfos con trajes de la hija del elegante Sena y del turbio Tiber. ¡Oh! no: el arte es una imitacion, y la copia jamás es como el original: puede dar un barniz; pero cuanto mas adorna mas quita de la majestad que tiene lo que de suyo es sorprendente. Ni la memoria del antiguo Bisancio, hoy afili-

(1) Monte de figura cónica que se halla á la izquierda del que entra en la bahía, cual centinela del gigante que, por un engaño óptico, forman los muchos montes del frente, el cual se ha denominado así por la semejanza que tiene con el pilon del azúcar.

(2) La salida y puesta del sol en las Antillas y casi todas las latitudes que no pasan de 25 grados, es un espectáculo tan sumamente bello, que no dudamos asegurar que los poetas y pintores quedarán en zaga, por exageradas que sean sus imágenes, á la realidad. Un viaje á América aunque no fuera emprendido sino con este solo objeto no dejaría de compensar con usura las privaciones del artista que estas partes visitara.

(3) Nuestro aserto es ménos que la realidad; porque lo que se llama bahía de Rio de Janeiro, tiene mas de 20 leguas de circunferencia y merece el epíteto de mar de Ni-theroy.

granada Stamboul, cuyas aguas y floridas márgenes son el lujo del Oriente, con sus siete colinas y sus minaretes y sus jardines, y sus huríes, y sus ruinas, y su grandeza constantina, y sus misteriosos palacios, y su barrio de Pera, y su aire de Eden islamita, hace separar mis ávidas miradas de la famosa bahía. Aquí no hay ruinas que acusan ó vejez, ó barbarie, ó tiempo de glorias marchitas: aquí no hay arte que prueba mezquindad de parte de la naturaleza: aquí esos montes con auréolas de neblina desafían con sus picos las torres de los hombres y se enriscan en las nubes sirviendo de escalones semidivinos que aproximan en vaporosas nubes la tierra del cielo, — escaño propio para el poeta, mitad hombre y mitad Dios, — que ha de engendrar este suelo portentoso para elevar la poesía á un género nuevo. Esas puntas, formando corona, son símbolos de las riquezas que ese gigante dormido sueña sacar con el tiempo de esta región, haciendo de ella un imperio que domine medio mundo é imponga respeto á la otra mitad. Esta bahía simboliza la armonía y dulzura con sus montes *órganos*, y el poder y la fuerza con el *coloso* que está recostado en la verde alcatifa que orla su erizada diadema. Aquí no hay *ville*, donde el mármol de Carrara haga gala de la morbidez que el hábil artista le imprimiera; pero hay fantásticas estatuas, grandiosas como el artífice que las creó, sublimes como la mente de Dios: aquí no hay cenadores ni glorietas; pero sacuden con éxtasis de amor su ramosa cabellera cien y mil palmas, elegantes moradores de la América tropical, familia solo conocida en las tierras privilegiadas en donde el amor es mandado por el aire en las alas de la brisa, sublimes telégrafos invisibles que electrizan con sus misteriosos besos al que les contempla: aquí no hay jardines con engaños, madriguera de intrigas; pero hay quien burla la vista del observador que cree son cometas las gabiotas y pelícanos que se ciernen en el espacio á distancias desmesuradas: aquí no hay estrellas polares que centelléen heridas por los rayos del naciente sol; pero hay esmeraldas de un tamaño prodigioso que abren el apetito del hambriento de riquezas, y la naturaleza, se ríe de él haciendo volar manadas de verdes papagayos: aquí no hay fuentes ni surtideros escondidos entre bosques mezquinos; pero hay cascadas ruidosas que bajan de las cumbres balsámicas como mangas de azogue y apagan la sed de los moradores de la espléndida soledad, entonando con sus brincos murmullo y serpentuoso descenso himnos de loor al que apunta con su dedo las breñas y saca raudales de agua cristalina: aquí no hay arcos ni pórticos; pero hay iris que encadena el sol de una cumbre á otra eminencia, reflejando su prisma deslumbrador en las vaporosas nubes, y simbolizando de ese modo alianza, hospitalidad, afectuosas emociones: aquí no hay pensiles ni invernáculos, donde á fuerza de trabajo se cultivan flores y frutos degenerados; pero hay parásitas que forman la gloria del manto que tiene tendido el Omnipotente sobre su predilecta región: aquí... ¿mas que veo? ¿Todo desaparece? ¿Todo se viste de niebla? ¿Apénas empezaba á admirar tus bellezas, felice tierra, me las ocultas? ¿Ni me dejas ver bien la ciudad que lamen susurrantes las mansas aguas de la gran bahía? Haces bien: no me las dejes ver por entero; pues lo misterioso es mas grande que lo sabido—Dios es grande, porque es un misterio. Pero no, detente, deja que te contemple unos minutos mas... No hay lugar para la contemplación. Los montes, que guardan tantos tesoros, se apresuran á tender el ropaje aéreo deshaciendo los pliegues de sus transparentes mantos, y esconden bajo las sombrías gasas á la ninfa de Río que reclinada á la márgen del mar duerme tranquila, arrollada por el susurro de las ondas de su incomparable bahía.

ADADUS CALPE.

Para un álbum.**EL DIA.****LA AURORA.**

Huye la niebla que oscurece el monte,
Luciendo su matiz los prados bellos:
Aparecen del alba los destellos
De franjas circundando el horizonte.

Pálido el firmamento, silencioso,
Vela cuando aun el mundo yace en sueño,
Solo el canto escuchándose risueño
Del jilguero dulce y melodioso.

Vagando acá y allá la leve brisa
Prende en sus alas perfumado ambiente,
Meciendo la azucena transparente
Que nívea en los pensiles se divisa.

Brillan bellas las gotas del rocío
Cual perlas sobre flores desprendidas:
Mil avecillas miránse esparcidas
Por los aires vagando á su albedrío.

Y se escucha el cantar del campesino
Y la campana de cercana aldea:
Y cual cinta argentada serpentea
El arroyo entre flores peregrino.

Y susurran las hojas en el viento,
Y Febo con sus franjas de colores
Le da vida á las aves y á las flores
Que esperan su llegada con contento.

Todo es bello en la aurora; sí, muy bello,
Risueños prados con pintadas flores,
Acordes cantos, gratos resplandores,
Del lucero del alba fiel destello.

EL MEDIODÍA.

En mitad de su carrera
Luce esplendoroso el sol,
Con sus tintas de arrebol
Alegrando la pradera.

De la lejana ciudad
Se aperciben los rumores
Y de las lozanas flores
Contéplase la beldad.

Busca en las matas el ave
Refugio al calor insano:
Del arroyuelo cercano
Se oye el murmullo suave.

Las gotas del primo albor
Con el calor se evaporan,
Y mustias se descoloran
Las flores con el calor.

El aire está sofocante,
Reina la calma do quier,
Brindando paz y placer
La enredadera fragante.

LA TARDE.

Ya va declinando el sol:
Ya el ave dejó su lecho
Volviendo á entonar alegre
Su acorde y sonoro acento.
Ya frescas están las flores;
Y sus perfumados pétalos
Embalsamando las auras
Prestan delicia y consuelo.
Ya de arreboladas tintas
Se colora el firmamento
Allá por donde se oculta
El encendido lucero.

Ya el prado frescura presta;
Ya murmura el arroyuelo
Reflejando en él las flores,
Y en sus aguas recogiendo
Las hojas que desprendidas
De los tallos robó el cierzo.

Pero con rápido paso
Va deslizándose Febo,
Do quier dejando frescura,
Do quier dejando sosiego.

Y queda el valle sombrío
Y el ruiseñor y el jilguero
Entonan de despedida
Sus postrimeros acentos.

Y á otras regiones el sol,
A otros mares y desiertos
En su rápida carrera
Va su marcha dirigiendo.

LA NOCHE.

La noche llega con su oscuro manto
Sembrado de luceros luminosos;
La luna melancólica entretanto
Contornos da á los prados misteriosos.

Las frescas auras con incierto giro
Esparcen la fragancia de las flores;
Escúchase el dulcísimo suspiro
Del zagal que cantara sus amores.

De algún ave nocturna se oye el canto;
Y el rumor de los vientos en la altura;
En las sombras contéplase el espanto,
El tétrico terror en la espesura.

Todo es mustio y sombrío allá en la noche;
Reina do quiera sepulcral pavora,
Cierra la flor su delicado broche
Y oprime al corazón negra tristora.

Duerme entónces el mundo: duerme, duerme
Y su calma apacible nada inquieta:
El mundo yace en paz, vegeta inerte,
Mientras vela en su afán triste el poeta.

Y ve cual huye la fugaz mañana
Siguiendo su carrera el mediodía,
Llevándose tras sí la tarde ufana,
Viniendo tras de aquesta noche umbría.

Humo leve, fugaz, no interrumpido.
Que marca al hombre su postrer momento;
Que pasa, mientras yace adormecido
Entre dicha y placer, pena ó tormento.

Y pasan, huyen, corren, vuelan dias,
Llevándose tras sí placer y llanto,
Envueltos en dolores y armonías,
Dejando al corazón pesar y encanto.

Agostando del alma los fulgores...
Y el mundo aqueste es, esta es la vida,
Cadena de placeres y dolores
Que se rompe en el día de partida.

E. G. M.

A Alhaurin.

Tendida entre las flores
No veis aquella villa,
Cual una pastorcilla
Dormida en un jardín;
De mansos arroyuelos,
De fuentes cristalinas,
¿ De rojas clavellinas?...
¡ Aquel es Alhaurin!

Jamás el pensamiento,
Soñó que un sitio hubiera,
Do eterna primavera
Reinara sin cesar.
¿ Será un país fantástico
Allá en lejanos suelos,
Cual misteriosa Delos
Flotando sobre el mar?

Sus dulces auras cruzan
Pintadas mariposas,
Bosques de blancas rosas
Queiebran la luz del sol.
Su cielo transparente
De azul ya se colora,
Ya ostenta con la aurora
Su mágico arrebol.

Aquí en ondas diáfanas
Perdido en la espesura,
Monótono murmura
Oculto manantial.
Allí de entre las ramas
Deja escuchar sentida
Un ave dolorida
Su canto celestial.

Tan varias armonías
De voces y sonidos,
Que el eco confundidos
Repite en dulce son,
Encierran tanto encanto,
Tan gratas emociones,
Que en dulces ilusiones
Se aduerme el corazón.

Recuerdo que una noche,
Allá de abril risueño,
Cual sombra de un ensueño
Que no veré jamás,
En esos bellos sitios,
¡ Un ángel!... ¡ un portento!...
Mas pára pensamiento,
Detente, ¡ dónde vés!

Recuerdo emponzoñado
Huye de mi memoria,
Tu dicha transitoria
¡ Con ella se eclipsó!
Solo Alhaurin tus flores
Cantar puedo en mi anhelo:
Un ángel fué del cielo
Y al cielo se volvió.

Mil veces venturoso
Si en trovas mas serenas,
En pos de tantas penas,
Tu suelo piso al fin;
Y respirar consigo
De rosas impregnadas,
Tus auras perfumadas,
Balsámico Alhaurin.

J. DE P. BLANCO.

Nueva-Caledonia.

ISLAS DE LOS PINOS. — NAUFRAGIO DE LA CORBETA LA AVENTURE.

(Véase el n.º anterior.)

La isla de los Pinos es una prolongación de los arrecifes madreporicos sobre los cuales se halla formado el suelo de la isla grande. Situada en la punta Sudeste de la última por 22° 37' de latitud meridional y 163° de latitud oriental, solo está separada de ella por un canal de unas quince leguas marinas. Fué llamada así por los pinares que cubren su superficie, y no tiene mas de

diez leguas de circunferencia. Cerca de las orillas las tierras en general son bajas, pedregosas, poco vegetales, pero á la distancia de unos tres kilómetros de las costas, la tierra es de mejor calidad y está mas alta: aquí son tierras ligeramente onduladas y muy fértiles. El centro de la isla se halla ocupado por una cadena de montañas cubiertas de bosque que abundan en esencias variadas. Entre ellas las mas útiles son el *melaleuca leucodendron*, la *casuarina*, *equisetifolia*, el *ibiscus*, falsamente llamado *palo de rosa*, el *inophyllum callopsuyllum* ó *tamanu*, hermosa madera muy estimada, pero muy escasa.

La cumbre mas alta de esas montañas no tiene mas de 270 metros sobre el nivel del mar. El puerto principal se halla situado en la parte meridional de la isla, y ofrece los mismos inconvenientes que los puertos de Balade, Pueblo y Yenguene de la isla grande, los cuales no hallándose abrigados por la tierra, permanecen abiertos á los vientos y solo se resguardan de la mar con sus arrecifes; esto hace que solo puede utilizarse en el buen tiempo, y únicamente por los buques menores.

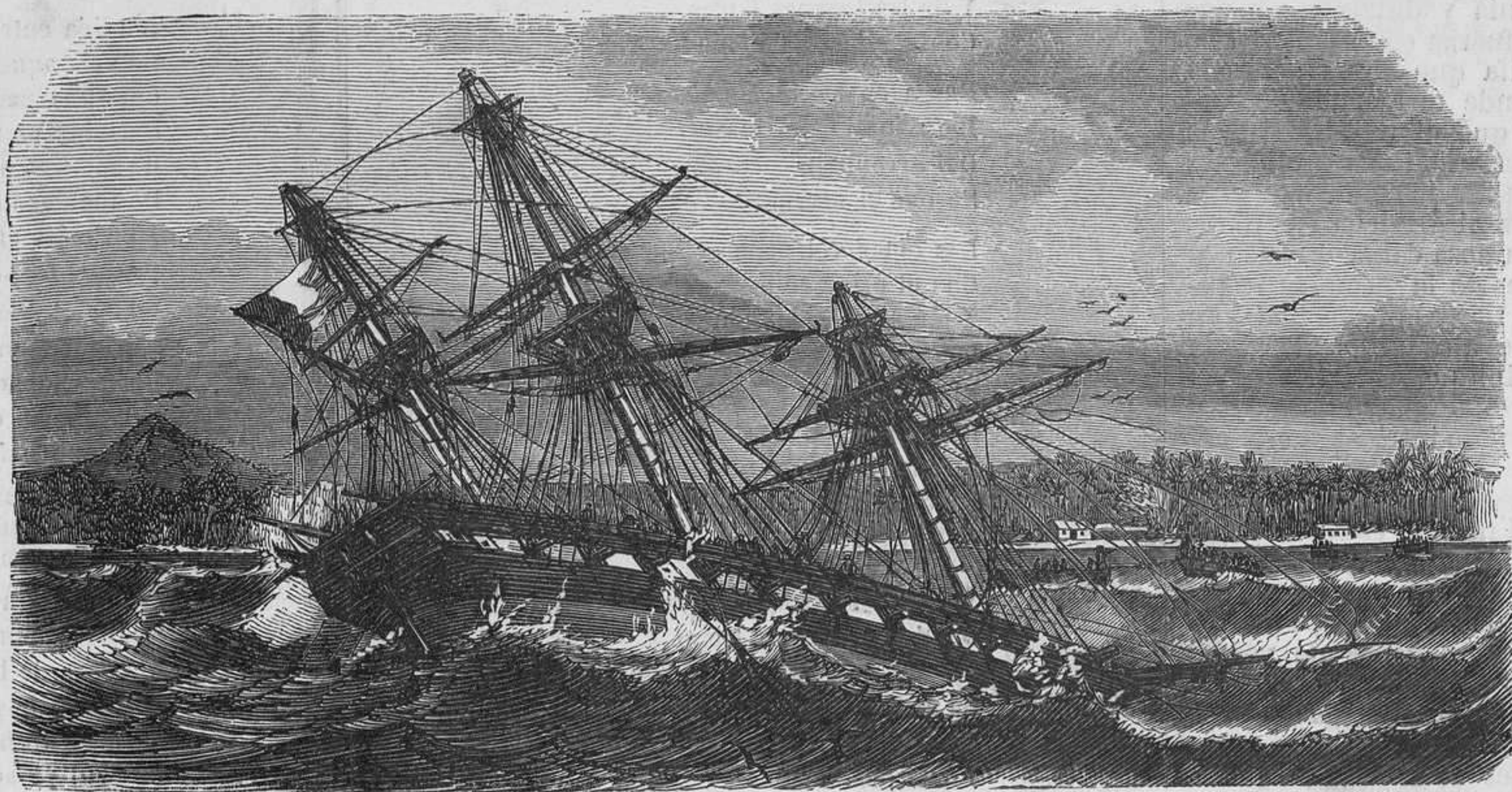
Se siente tanto mas la inferioridad de este fondeadero cuanto que por su posición geográfica presenta un punto de la mayor importancia militar, pues se halla colocado en el camino de los buques que van á la India por el Esté. Sean cuales fueren los trabajos de mejora que se emprendan para habilitar ese puerto en todo tiempo, es de temer que no sea jamás muy frecuentado, así como los de la isla grande nombrados ya.

Los pasos que quedan en la estacion del arrecife que forma un cinturón casi continuo en torno de la isla, tienden sin cesar á obstruirse por la acumulacion de los políperos, cambiando así la hidrografía de las costas. Resulta de esto que la navegacion de los pasos se efectúa de un modo incierto, y que en ellos se corren grandes peligros. Por eso se han señalado ya muchas desgracias en esos malos sitios á los navegantes, y el año último el naufragio de la corbeta francesa *la Aventure*, ocurrido en esos arrecifes, vino á confirmar lo que hemos dicho sobre la variacion de los fondos y la poca seguridad que ofrecen á la marcha de los buques. Permítasenos recordar aquí las principales circunstancias de ese naufragio, cuya relacion no ha sido hecha todavía.

La corbeta *la Aventure* bajo el mando del señor conde Bouzet, capitán de marina y gobernador general de los

establecimientos franceses en la Oceania, iba de camino para Taiti procedente de Puerto de Francia, donde habia parado unos tres meses. Se elevaba al viento de la Nueva-Caledonia para ir á reconocer Britania, una de las islas Loyalty que se debian tomar por último punto de partida. Maniobraron pues, para doblar con seguridad la isla de los Pinos. Segun las noticias de los mapas actuales debia creerse que con seguridad se doblaría la isla despues de birar de bordo por segunda vez, é iban pues, á tomar direccion sobre la isla cuya posición de longitud relativamente á Britannia se reconoció falsa; en efecto, en los mapas está señalada muy al Este.

De repente, el 28 de abril á las dos y treinta y cinco minutos el vigía señaló: «Rocas delante, rocas á estribor, rocas á babor;» el buque acababa de meterse en el arrecife Norte de la isla de los Pinos. Maniobraron



Naufragio de la *Aventure* en la isla de los Pinos.

con mucha prontitud para tratar de evitar el peligro, pero era ya demasiado tarde; el buque, con la poca velocidad que aun le quedaba, escalaba de un solo brinco, digámoslo así, una meseta de rocas madreporicas cubierta de seis piés de agua cuando mas, y despues de algunos crugidos espantosos se hundió definitivamente sobre el flanco izquierdo casi en seco por la popa y flotando á proa por el contrario, hasta una tercera parte, y á mayor abundamiento con grandes averías en los fondos. En ménos de media hora la cala entera y la mayor parte del falso puente, incluso el alojamiento de los oficiales estaban en el agua; circunstancia grave, pues se perdieron todas las provisiones, excepto dos barrilitos de aguardiente y tres sacos de galleta; pero esto era

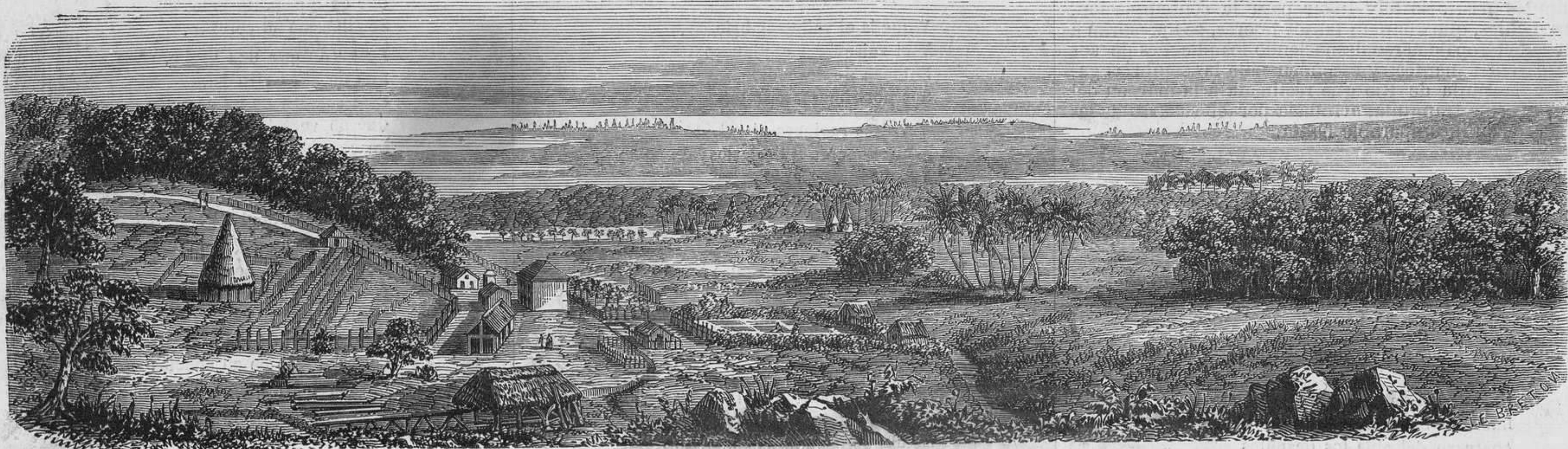
bien poco para satisfacer las necesidades futuras de los doscientos cincuenta y cinco hombres que componian la tripulacion.

Esta penosa situacion se hallaba horriblemente agravada por la inquietud que inspiraban los fuertes sacudimientos que casi de un modo regular y periódico sufría la totalidad del buque, de resultas de las grandes oleadas de alta mar, por la oscuridad profunda de la noche, que no permitía á la vista el descubrir el horizonte, y por la certidumbre de encontrarse léjos de toda costa abordable. — Pero pasado el primer momento de terror los valerosos marineros de *la Aventure* recobraron toda su sangre fria y desplegaron una intrepidez y una actividad que debian libertarlos de una horrible catástrofe. Toda la tripulacion se puso inmediatamente á la obra en el órden mas perfecto en medio de un silencio profundo. No era tiempo ya de pensar en preservar el buque; el comandante solo podia proponerse la conservacion de sus hombres y del mayor número de objetos de equipo que fuera posible.

A pesar de los bruscos movimientos de la arboladura, se hicieron todas las maniobras necesarias con una admirable precision, y en ménos de dos horas las embarcaciones se hallaban dispuestas para ser arrojadas á la mar. Y en toda esta difícil tarea no hubo que deplorar una sola avería en ninguna de las embarcaciones, la última esperanza de salvacion de aquellos desgraciados, ni el mas ligero accidente entre aquellos intrépidos trabajadores.

Por fin el dia esperado con tanta impaciencia vino á disipar en parte las inquietudes que la noche habia hecho concebir, y deja ver al Sur una tierra que se reconoce por la isla de los Pinos. Hasta se distinguía la pequeña bahía de Hupé rodeada de cocoteros cargados de frutos. Este descubrimiento reanima á los marineros, y dobla su energía; en un concurso de circunstancias tan felices no pueden ménos de ver con gratitud los admirables efectos de una proteccion divina.

A eso de las seis principia el desembarco. Los marineros y los grumetes van los primeros con buena escolta, y siguen los marineros secundarios. Estos provistos de velas y de cuerdas debian ocuparse inmediatamente en establecer un campamento para todos, en tanto que algunos hombres escogidos entre los mas hábiles se quedan á bordo para operar el salvamento de todos los objetos de valor que encuentran á la mano. Hasta las



Establecimiento de la mision francesa en la isla de los Pinos.

dos de la tarde no se abandonó el buque totalmente y era tiempo, pues ya amenazaba dividirse por medio y no era posible permanecer mas á bordo sin gran peligro.

Sin embargo, despues de haberse salvado casi milagrosamente de tan duro trance, la tripulacion de *la Aventure* debia pasar por otras pruebas. Una vez en la playa no encontró mas que una sola choza que pudiese ser utilizada, una especie de cobertizo abierto sobre dos caras opuestas y casi sin techumbre. Esta habitacion fué destinada al comandante, y además sirvió de almacén general. La amueblaron como pudieron mediante los pocos objetos que habian salvado del buque que consistian en cinco ó seis sillas, unos cajones y algunos colchones y mantas. Para la tripulacion se elevaron bajo los árboles tiendas de diferentes dimensiones, y aunque esos abrigos puedan proteger apénas contra la intemperie, cada cual se hallaba satisfecho, tan grande era la alegría de aquella valerosa gente que acababa de libertarse de la muerte.

Consumada esta primera instalacion se arregló la cuestion de víveres. La racion de cada hombre se fijó en media galleta y una corta cantidad de aguardiente. No se oyó ninguna queja contra la insuficiencia de semejante distribucion, y por el contrario, hubo algunos hombres que guiados por su delicadeza no quisieron aceptar mas que una parte de esa racion tan pobre. Es verdad que los cocos suministraron un precioso suplemento de alimentacion en los tres primeros dias; pero este recurso se acabó luego y principió á temerse que muy en breve llegara á faltar el mas indispensable sustento. En cuanto al agua por fortuna abundaba.

Algunos indígenas que corrieron cerca de los naufragos cuando los distinguieron en tierra, les indicaron una fuente bastante próxima que, aunque un poco salobre, bastó sin embargo para cubrir sus primeras necesidades. Pero ya al otro dia siguiendo las indicaciones de los mismos kanacks, sacaron agua de una fuente muy buena, á la distancia de una legua del campamento. En vista de esto, hubo de establecerse un servicio

regular para traer el agua, y desde entonces el campamento se halló abastecido abundantemente. Iban á faltar los víveres de repente cuando el 30 de abril los misioneros establecidos en Vao, al Sur de la isla, advertidos de que un buque habia naufragado en la costa, se apresuraron á enviar á los naufragos una piragua cargada de provisiones consistentes en carne de vaca asada, pan, batatas, etc., pero este socorro era escaso para tantos hambrientos. El estado de sufrimiento determinado por aquel exceso de privaciones y de fatigas, principiaba á ser intolerable para muchos hombres cuando la goleta francesa *el Hydrographe*, llegó allí en víveres para dos semanas á lo ménos, y algunos dias despues se recibió un nuevo refuerzo de *la Sarcelle* que el comandante pidió á Puerto de Francia, á 20 leguas al Oeste. Gracias á estos auxilios el marinero pudo recibir la racion ordinaria, y pudo proseguir con nuevo ardor las operaciones de salvamento de la corbeta que la mar destrozaba de dia en dia.

Por último, el 10 de mayo, la mayor parte de la tripu-

lacion se embarcó en la *Sarcelle* con direccion á Puerto de Francia. Solo 40 hombres permanecieron en Hupe para cuidar de los objetos salvados y aumentar su número si era posible. Al cabo de un mes, cuando ya era inútil acercarse á los restos de la corbeta, aquellos cuarenta hombres marcharon tambien á Puerto de Francia, donde toda la tripulacion debió esperar dos meses enteros la llegada de un buque que habian fletado en Sydney. Por fin el buque inglés *la Sultana* entra en la rada de Numea, embarca á sus numerosos pasajeros, y el 24 de julio se da á la vela para Francia. Hasta el 23 de diciembre último no llegó á Brest *la Sultana* despues de una travesía de cinco meses.

La pérdida de la corbeta *la Aventure* despues de todas las desgracias que ha habido en los arrecifes que rodean las islas de la Nueva-Caledonia, ha debido despertar la atencion de los marinos sobre la insuficiencia de los trabajos hidrográficos hechos en esos lugares, pero al mismo tiempo han dado á conocer cuan difícil era levantar con alguna certidumbre un mapa exacto de esas costas. El trabajo incesante de los *polipos corabigenos* cubre esa parte de los mares oceánicos de peligros sin cuento, de manera que durante largo tiempo será muy difícil acercarse á esas islas, y nunca se podrán señalar con alguna seguridad sus peligros. Es de creer que esta falta de seguridad para los buques influirá considerablemente en el desarrollo de la colonizacion de la Nueva-Caledonia.

En lo concerniente á la isla de los Pinos en particular, esto será doblemente sensible. Ya hemos enumerado las preciosas ventajas que por su posicion presentaba á la marina de guerra francesa; ahora debemos añadir que las excelentes disposiciones de sus habitantes con respecto á la ocupacion podian hacer concebir las mas justas esperanzas sobre una pronta y completa asimilacion de la raza indígena á la francesa. Con placer consignamos que esa poblacion fué la primera entre las tribus diseminadas en el archipiélago, que accgió á los misioneros franceses con la mayor cordialidad y que oyó sus lecciones con una docilidad que prueba mucho en favor de la dulzura y de la inteligencia de los habitantes de la isla de los Pinos. Van-de-Gon, el jefe de esa tribu, cuyas relaciones con los misioneros fueron siempre excelentes, es de todos esos pequeños reyes bárbaros, el único que parece comprender el beneficio de su intervencion y los saludables efectos que la dominacion francesa debe ejercer en los destinos de la pequeña nacion que él gobierna. La poblacion de la isla de los Pinos será de unas mil almas. La

extension y los recursos del país prometen un aumento considerable de este número.

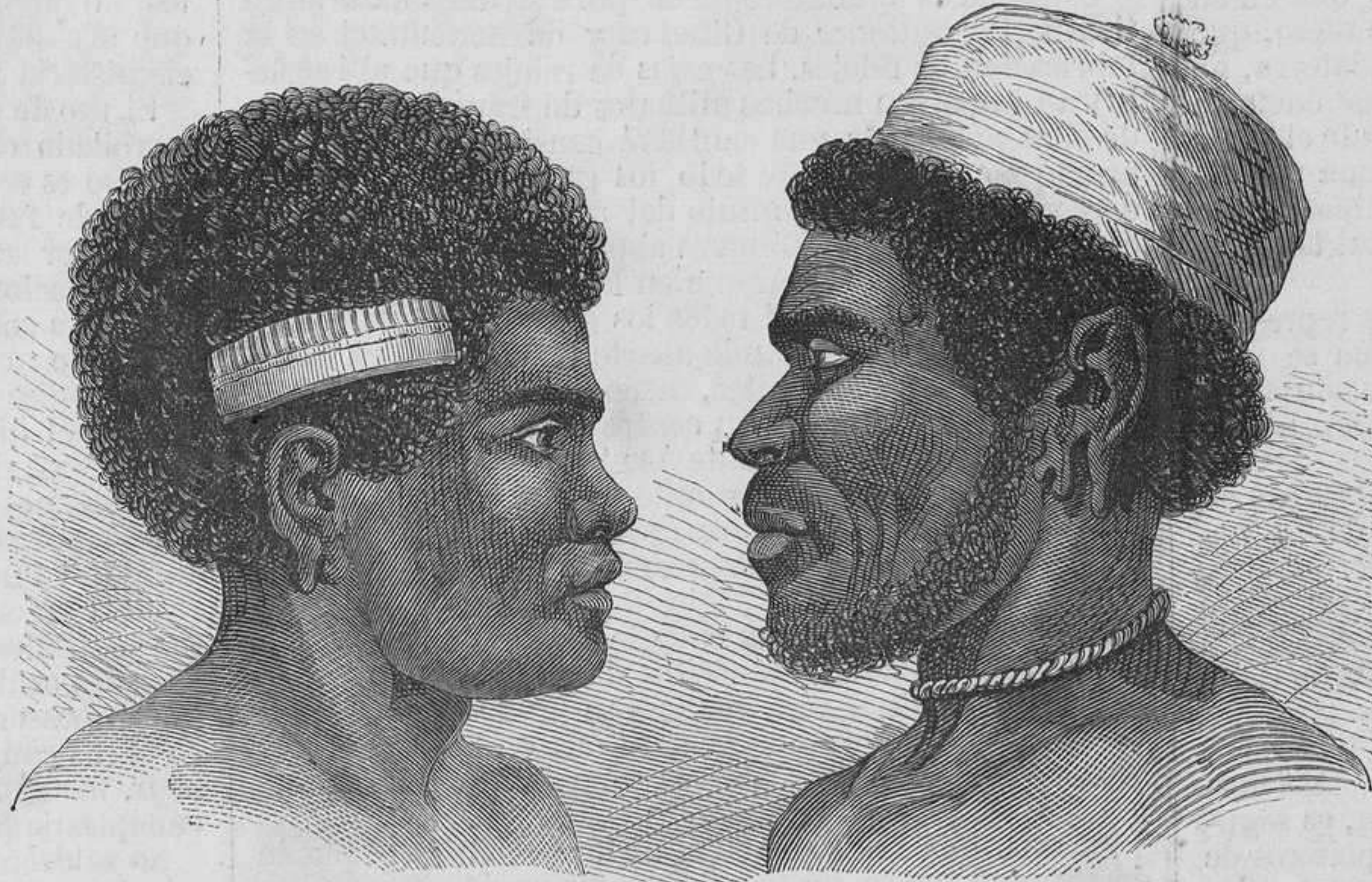
La superioridad que los súbditos de Van-de-Gon tienen sobre los demás habitantes de la Nueva-Caledonia en general por lo que toca á la inteligencia, la tienen tambien respecto del carácter. Son mas francos, ménos violentos y mas constantes en sus inclinaciones. Un cambio tan rápido y notable en los instintos y los hábitos de ese pueblo antropófago hace pocos años aun no ha podido obtenerse por los misioneros á quienes se debe, sino á costa de una caridad sublime y de un celo apostólico digno de la mayor admiracion. Así la isla de los Pinos donde los buenos padres han tenido el dulce consuelo de ver fructificar tan felizmente la enseñanza

cion que debe su nombre á los misioneros como les debe todos sus progresos tanto en el régimen de las habitaciones como en el modo de vivir y en las ocupaciones de sus moradores.

La ocupacion francesa del archipiélago caledonio ha debido suscitar inmediatamente una cuestion de un gran interés, cual es la del resultado á que podia conducir la ocupacion sin la colonizacion. Una toma de posesion que se encerrase en una soberanía puramente nominal, era tan poco favorable á los intereses que la Francia ha hecho prevalecer en el océano Pacífico como poco digna de ella: se comprendió que el nuevo poderío debía arraigarse allí profundamente si queria fundar su fuerza y su duracion, y hubo de comprenderse tambien que el medio mas seguro de establecer esta dominacion sobre una base sólida no estaba tanto en las armas como en el lazo de una colonizacion europea. Pero no es posible disimularse al mismo tiempo lo poco favorable que es el espíritu francés para las empresas coloniales. De ahí han nacido las objeciones que se han elevado sobre la ocupacion francesa, por no decir en contra. Las colonias penitenciarias han parecido á varios un expediente en cuya virtud podia eludirse esa dificultad; dirémos lo que pensamos sobre esas colonias, y las experiencias que se han hecho ya de ese sistema nos suministrarán argumentos para rechazarle.

Sabido es que la Inglaterra ha podido fundar con sus convictos colonias hoy florecientes; pero se trata de saber si es bueno seguir su ejemplo. Sobre este punto no hay mas que examinar la situacion actual de esas colonias. Por lo que á nosotros toca dirémos que en vez de hallarnos deslumbrados por su prosperidad aparente, sentimos una amarga pena en presencia del triste espectáculo que nos ofrecen esas sociedades fundadas con

elementos tan poco recomendables. Los convictos han poblado en su mayor parte los lugares que edificaron, y una línea de separacion profunda ha tenido lójos á esos aborígenas de los colonos expatriados. No queremos discutir aquí el mayor ó menor fundamento de esa preocupacion, no harémos mas que consignarla. Pues bien; por cuantos puntos se ha producido ese antagonismo de raza, la Inglaterra ha tenido que deplorar sus tristes efectos. No solo determina divisiones, sino que siempre ha sido el estimulante mas enérgico para la emancipacion de las colonias. Hoy mismo el poderío inglés no tiene adversarios mas ardientes en el Cabo y en Sidney que las familias de sus antiguos convictos que se prometen rechazar con la dominacion inglesa á los



Tipos de los naturales de la isla de los Pinos.

evangélica y que fué muy á menudo su refugio contra la persecucion que les alcanzaba en otros puntos del archipiélago, es hoy para los misioneros un lugar de predileccion. Sus obras considerables han mejorado la condicion física de los habitantes, y puede decirse que estos disfrutan relativamente á sus vecinos de la isla grande, de un bienestar que sorprende cuando se piensa en el cortísimo espacio de tiempo en que ha sido realizado.

Los principales centros de habitacion presentan una apariencia de regularidad, de orden y de decencia que demuestran la aspiracion de esos habitantes hácia la vida civilizada. Gadji, residencia del jefe de la isla es el grupo mas importante. Se halla situado al Norte, no lójos de Uzili, puerto cómodo pero inferior al de la Asun-



Gadji, habitacion ordinaria del rey de la isla de los Pinos.

emigrados cuya vecindad les pone en un estado de inferioridad evidente.

Decimos que hay en este hecho una leccion que debe meditarse, pero por esto no entendemos asegurar que deben condenarse en principio las colonias penitenciarias. No abrigamos semejante idea; creemos que tienen su utilidad cuando se establecen en lugares que no debe buscar la industria libre. La colonia francesa de la Guayana tiene seguramente á nuestros ojos un fin verdaderamente útil. Pero cuando se trata de un país tan favorecido como la Nueva-Caledonia cuyo porvenir se anuncia con un prestigio de grandeza y de fortuna, es obrar de un modo conforme á los intereses futuros de ese país, á los intereses futuros de la Francia, el confiar la colonizacion del archipiélago caledonio á las empresas libres que solas pueden hacer de él una colonia floreciente, fundando así una poblacion amiga del orden y del trabajo. C. M.

Exposicion Universal de la Industria.

XXXV.

DEL TRABAJO DE LOS METALES PRECIOSOS EN INGLATERRA, ALEMANIA, SUIZA, ETC. — LA GALVANOPLÁSTICA. — NUEVOS PERFECCIONAMIENTOS.

Podria decirse que una de las diferencias esenciales entre la platería francesa y la extranjera depende de su modo distinto de considerar el metal precioso. En tanto que en otros países se le considera muy á menudo como el elemento principal de una obra, en Francia el artista se inclina á dar el primer puesto á la forma creada por la mano del hombre, y es muy cierto que no basta prodigar la plata en una pieza gigantesca para realizar las condiciones de hermosura: el arte se ejerce sobre la materia; necesita de esta para manifestarse, pero el

sentimiento con que la anima, la idea que la hace representar realzan su valor á muchos ojos, ó mas bien la comunican un valor de distinto género.

La platería británica figuró en la Exposicion Universal como una de las primeras. La Inglaterra desde el siglo XVI disfruta de una celebridad real en el arte. Pero el género inglés va perdiendo mucho; sin duda no se borra, pero acusa esfuerzos visibles para apropiarse los elementos del gusto francés, y para esto llaman á su país los dibujantes, los escultores, los cinceladores franceses.

Cuando se ve que la platería trata de transformarse de este modo, natural es preguntarse cuales son los defectos cuya herencia quiere repudiar. Pero ante todo vamos á señalar las incontestables calidades que la distinguen. En el trabajo profesional propiamente dicho, los ingleses no tienen rival: entienden perfectamente la montura y el ajustado de las piezas, y cuando solo

pretenden realizar las condiciones de lo que llaman el *comfort*, lo logran completamente.

Sus defectos no están menos visibles: el principal es un olvido casi completo de las leyes de la composición; los asuntos ingleses ofrecen una mezcla de muchos elementos, confusos ó extraños, que parecen reunidos por casualidad; el sentimiento de las proporciones y de la armonía se halla ausente; la ornamentación es pesada, y la parte arquitectónica carece casi siempre de sencillez y de elegancia.

El aspecto sólido de la platería británica parece como un reflejo del carácter y sociabilidad inglesa. ¿Es de extrañar que un industrial ó un comerciante de la Cité de Londres, de Liverpool ó de Manchester, después de haber realizado con su trabajo muchos millones de fortuna, no estime las piezas de platería mas que en su valor intrínseco? — En cuanto á platería de mesa, que es el ramo del arte que mas se trata en Inglaterra, no es posible formarse una idea de los tesoros que encierra el Reino Unido. Ciertamente no sería bastante el decir que ningún otro pueblo posee bajo esa forma una riqueza igual á la suya; quizás todos los pueblos de la Europa juntos no podrían componer un total tan elevado.

Las admirables piezas debidas á M. Vehte representaban en la Exposición Universal el ideal que se propone en el día la platería inglesa. Con la presentación de esas obras MM. Hunt y Roskell que dirigen hoy la antigua casa Mortimer hicieron un verdadero servicio al arte que ejercen. Estos fabricantes concentran en su inmenso establecimiento casi todo el trabajo de los metales preciosos: platería fina, platería *plaqué*, joyería, etc. Compuesto de elementos tan distintos su espléndido escaparate llamó la atención de todo el mundo; nadie se cansaba de contemplar las piedras preciosas de todas clases que allí se encontraban acumuladas.

Otros escaparates, como los de MM. Garrard, Hancock, etc., merecían atraer las miradas; pero el tipo mas hermoso de la platería inglesa propiamente dicha, es seguramente la obra que la corporación de los plateros de Londres hizo fabricar para la Exposición de 1851. Esta obra puede considerarse como la expresión mas completa del gusto de la Inglaterra, y en ella se ven las cualidades y los defectos del arte británico. Así la arquitectura, que siempre es la parte débil, se muestra aquí con un carácter satisfactorio; la ornamentación es maciza, pero no tiene esos grupos extraños propios del gusto inglés, y la dignidad suple la elegancia en las actitudes. El asunto principal no carece de grandeza: representa el rey Ricardo II otorgando una carta de corporación á la compañía de los plateros. Repetimos que es lo mejor que ha producido en nuestros días la platería inglesa.

La Alemania que tuvo hasta principios del último siglo una platería artística con un carácter propio, se entregó después á la imitación del género británico, y aunque en el día los artistas distinguidos quieren libertarse del yugo inglés, sin embargo, el arte de la platería en Alemania tiene aun muchos puntos de contacto con el género imitado. Y no es decir que se encuentre en las obras germánicas esa superabundancia de motivos á la que parece quieren renunciar los mejores artistas de la Inglaterra: el genio alemán es sobrio en materia de ornatos, pero otras partes del cuadro nos revelan las relaciones que existen entre el estilo de ambos pueblos. Su carácter distintivo es el siguiente: buen éxito completo en las piezas de un uso corriente; en las obras de adorno una ausencia casi igual de gracia y de delicadeza.

La exposición alemana no podía competir seguramente con la francesa ni la inglesa; apenas se hallaban muestras separadas en distintos escaparates, pero en ninguna parte se veía un conjunto. La Prusia, sin embargo, poseía un surtido variado, aunque en pequeño. Bajo sus ricos pabellones se veían piezas de platería fina, de *plaqué* y de platería galvánica, así como también algunas obras para las iglesias, para la mesa y varios objetos de arte propiamente dichos. La platería de iglesia y la de mesa acusan un mismo carácter, sus formas son pesadas. Este defecto de pesadez que aun en Francia se encuentra en algunas obras destinadas á los templos, es muy comun en Alemania.

En cuanto á platería artística, los escaparates de la Prusia nos ofrecían muchas piezas dignas de una atención particular. MM. Wollgolds y Sohn de Berlín expusieron, entre diferentes asuntos pequeños muy bien tratados, una obra magnífica debida á la galvanoplastia de plata, y regalada por la ciudad de Berlín al príncipe de Prusia con motivo de su boda. Los trabajos de MM. Wollgolds y Sohn merecen á estos fabricantes un puesto muy alto en el arte especial que practican.

También se notaron en los escaparates de M. S. Friedberg de Berlín dos cofrecillos perfectamente cincelados y pertenecientes el uno al príncipe y el otro á la princesa de Prusia; como asimismo llamaron la atención un escudo de M. Hausmann de Berlín; una rica encuadernación de Misal de plata de M. A. Kunne, y varias muestras de MM. Sy y Wagner, etc.

Otros Estados enviaron algunos artículos dependientes del mismo ramo de industria, como el Wurtemberg, el gran ducado de Hesse, el Austria, la Baviera, la Dinamarca, etc. En los pabellones de este último país habia dos hermosas obras del señor baron de Schlick, dos bandejas de plata oxidada representando la una *Vénus atravesando las ondas sobre un triton*, y la otra *Sleno ébrio sostenido por un sátiro*. Estas obras tenían el sello del verdadero sentimiento del arte. La guirnalda que

forma el círculo exterior de cada una de las bandejas está trabajada con finura.

El escaparate de otro expositor danés, M. A. Michelsen de Copenhague, encerraba una escribanía y algunas piezas de mesa de muy buen gusto. También debemos mencionar á un expositor del gran ducado de Hesse, M. de Kress, por su grupo de *Willis*, aunque esta hermosa obra es mas bien de la industria del bronceista que de la del platero.

El trabajo de los metales preciosos se ofrecía á nuestra vista bajo otras formas en las galerías de la Suiza; pero la importancia de los negocios á que da lugar la habilidad de los artistas suizos, al menos en ciertas especialidades, daban un interés particular á esa parte de la Exposición Universal.

Conocida es la nombradía de que disfrutan hace largo tiempo los cantones de Ginevra y de Neuchatel en la fabricación de relojes. Las cajas de relojes que allí se fabrican importan muchos millones de francos cada año: de ellas se exporta una cantidad considerable. Los que arman las cajas y sobre todo los grabadores y cinceladores, entran en el dominio del arte. Habiendo tenido ocasión de visitar en Ginevra algunas de las principales casas, podemos asegurar que en la Exposición se encontraban muestras de casi todos los géneros que se tratan allí, que consisten, dejando aparte la relojería, en cadenas, brazaletes, pendientes, medallones, etc.

La joyería suiza tiene su centro principal en Ginevra; en este punto, por lo tocante á la importancia de la producción, viene inmediatamente después de la relojería. Sin embargo, no habia mas que ver la galería de los joyeros de París para convencerse de que el dominio de la joyería suiza está muy lejos de ser tan variado, tan rico y tan brillante como el de la capital de la Francia. Los joyeros suizos son hombres de poca iniciativa; adheridos á la rutina, rara vez logran producir nada nuevo. Los joyeros de Ginevra admiran en los de París el gusto en la elección de piedras y en el arte de montarlas, y tratan de guiarse por ese gusto.

En cuanto á la especialidad de los esmaltes, se puede decir que Ginevra no teme la comparación con nadie. Los resultados que obtienen sus pintores de esmalte en los fondos grabados son perfectos. Hermosura y transparencia en los colores, acabado en el trabajo, reúnen todas las condiciones del arte. La mejor muestra en este género era una imagen de la Virgen, copia de Murillo, sobre una placa de 16 cent. de largo y 14 de ancho, obra primorosa bajo todos conceptos.

La Suiza conserva las sanas tradiciones del arte antiguo, aunque ha multiplicado notablemente sus productos y reducido el precio de sus obras. En los inimitables esmaltes de Ginevra se encuentran colores azulados tan brillantes como los de la edad-media ó del renacimiento.

La misma ciudad fabrica para la Italia y sobre todo para el Levante piezas *sopladadas* sumamente ligeras, que gracias á la corta cantidad de la materia empleada puede dar á un precio muy bajo. A veces, por el contrario, los joyeros ginevrinos no economizan la materia preciosa, como lo atestiguaba, verbigracia, un *Devocionario* cuya encuadernación de oro tenia un peso considerable.

La Suiza sabe poner en uso los procedimientos electro-químicos sobre todo en el dorado y el plateado; pero en vano habríamos buscado en sus galerías esas grandes obras producidas por la galvanoplastia, como el bajo-relieve de M. Woollgold de Berlín, ó las estatuas de M. Elkington de Birmingham.

Sabido es que la galvanoplastia, diferente del plateado galvánico que se emplea para cubrir el metal con una capa de plata por medio de la pila voltaica, sirve para reproducir un objeto dado. Nos vamos á detener en algunos perfeccionamientos que se han hecho en esta parte del arte.

La galvanoplastia permite reproducir en relieve todos los modelos, aun aquellos mas complicados; pero las hojas que se obtenían mediante la reproducción galvánica eran sumamente delgadas. Esta ligereza de las placas que podía bastar para los objetos de arte, era un obstáculo considerable para las aplicaciones industriales. Podíase, es verdad, obtener un grueso mayor prolongando la operación galvánica; pero nunca se lograba mas que un cuerpo cuyas formas en hondo presentaban poca solidez. Hoy se ha logrado que estas placas sean sólidas, igualándolas así con la fundición de cobre cincelado.

Este perfeccionamiento ha abierto la vía á una multitud de aplicaciones de una utilidad diaria; pero antes de señalar algunas, nos parece bueno indicar como adquieren esa consistencia. El procedimiento es tan sencillo que sorprende no se haya descubierto desde el primer día. Basta en efecto, vaciar cobre dentro de las placas galvánicas hasta que se llenan, el cual sin alterar en nada su superficie exterior les da toda la solidez que puede desearse. No es un descubrimiento, si se quiere, en el sentido ordinario de la palabra. Lo que es nuevo, no es siquiera la idea de llenar el vacío de un modelo con un cuerpo metálico, pues se podrían citar muchos ejemplos de esta operación en casa de varios plateros, pero lo es que antes de estos últimos tiempos no se habia pensado en convertir ese medio en objeto de una explotación industrial.

Fácil es imaginar las ventajas de esa extensión dada al trabajo galvanoplástico. Primeramente se pueden obtener piezas absolutamente iguales á los modelos aun en los menores detalles del cincelado. Las dimensiones del asunto quedan reproducidas con una exactitud matemática. Los objetos de cobre fundido por el contrario

experimentan cierta reducción bajo la influencia del metal cuando se enfría. Además, deben pasar necesariamente por la mano del cincelador en tanto que la galvanoplastia dispensa el recurrir al arte siempre costoso de este último.

Señalarémos otra ventaja muy positiva aunque indirecta: como la reproducción galvánica no exige mas gasto para un asunto cincelado con finura que para un bosquejo toscó, el perfeccionamiento en cuestión debe facilitar la salida en el comercio de las obras mas correctas y esmeradas. Tantos productos vulgares como vemos hoy podrán ser reemplazados por productos artísticos.

La grande exposición de la casa Cristoffe de París, contenía muestras muy curiosas de los nuevos productos galvanoplásticos; á juzgar por ellos, la industria que mas llamada está á utilizar esos productos es la ebanistería para el adorno de muebles.

El uso de adornar los muebles con metales se ha desarrollado considerablemente en nuestros días; pero preciso es confesarlo, muy amenudo estos adornos adolecen de falta de gusto. Diríase que esa industria ha visto caer su nivel á medida que se han multiplicado las aplicaciones. Se ven muebles de fantasía graciosos y elegantes con adornos fundidos sin el menor trabajo de cincelado: cuando se comparan estas obras con las de los antiguos maestros en este género de trabajo, se ve que en el día se sacrifican á una apariencia vulgar las delicadezas del arte.

¿Debemos acusar á los fabricantes de esa decadencia, ó debemos atribuirle mas bien á las exigencias del consumidor? Puesto que este último desea ante todo la baratura, preciso es que se contente con las imitaciones mas defectuosas. Es cierto que el gasto excedería las facultades ordinarias de las fortunas actuales, si se quisieran poseer fundidas y cinceladas las reproducciones de obras como las de los Boulle y los Goultiere. Ahora bien, mediante los nuevos perfeccionamientos, la galvanoplastia podrá darlas á precios módicos.

No saldremos del dominio de la galvanoplastia en sus relaciones con la platería, sin decir algunas palabras de un platero de París que se ha consagrado enteramente á ese género de explotación. Se trata de M. Alejandro Gueyton que presentó en el palacio de la Industria varias aplicaciones tan ingeniosas como multiplicadas de los procedimientos electro-químicos. M. Gueyton, mas artista que industrial, trabaja con pasión en su arte; ha soportado valerosamente las dificultades con que tropieza toda innovación, y no se ha desanimado al ver la frialdad que el público francés mostró después de un primer momento de entusiasmo, con respecto á las reproducciones galvanoplásticas.

Puesto que la galvanoplastia tiene como hemos visto la propiedad de procurar una reproducción fiel de un modelo cualquiera, el platero debe elegir los ejemplos con el mayor cuidado y detenimiento. Bajo este concepto las muestras de M. Gueyton eran dignas del mayor elogio. Allí se veían custodias y diversos objetos para el culto, jardineras de salón, bandejas, jarros para cerveza, copas, jarrones de todas formas, cofrecillos, armaduras antiguas, alfileres, guarniciones de sable, de espada y de puñal, escribanías, sellos y otra porción de objetos de fantasía. Todas estas reproducciones obtenidas por el nuevo método, llamaron sobremanera la atención de los inteligentes.

LELIA.

BALADA.

Á MI APRECIABLE AMIGA LA SEÑORITA DOÑA CRISTINA ARRIERA.

I.

En un pequeño pueblo de la costa del Mediterráneo se levanta una humilde casita donde habitaban unos honrados pescadores, conocidos con los nombres de Anselmo y Feliciano.

II.

Lelia era el fruto de su entrañable amor. Lelia tenía el semblante de un ángel, sus ojos brillaban como el sol en las nubes de Occidente.

III.

Su talle airoso como la palma, la ligereza de sus pies en la danza, su habilidad para tañer la guitarra y la gracia con que entonaba las canciones marítimas, cautivaban la atención de los ancianos, la admiración de sus jóvenes compañeras y el amor de los festivos pescadores.

IV.

Muchos le ponderaron su cariño, pero Lelia cerraba sus oídos á las frases de amor. Su corazón estaba satisfecho con la ternura de sus amados padres y el cruzar en su barca el espumoso mar al caer de la tarde, sus cantos y sus bailes, distraían su alma brindándole verdadera felicidad.

V.

Entre todos los pescadores se distinguía Julio por el aspecto dulce y melancólico de su semblante, por la expresión de sus ojos y el acendrado amor que profesaba á Lelia. — Mas de una vez le confió con sus tiernas mi-

radas y sus frases los sentimientos que abrigaba, y Lelia al escucharle sentia conmoverse su alma como si escuchara una música ignota, celestial, pero no por eso dejaba de tratarle con desden.

VI.

El tiempo y la constancia lo pueden todo y Julio vio realizarse su esperanza. Al fin la joven no pudo disimular sus sentimientos y la llama del primer amor encendida en su pecho necesitó de los labios para arrojar el fuego con que le abrasaba. El corazon de Julio comprendió el de la joven y los dos se juraron eterna adoracion.

VII.

El pescador Ramiro que escuchó la confesion de los tiernos amantes y que amaba á la hija del venerable Anselmo, sintió arder en su pecho el terrible volcan de los celos y desde entónces comenzó á maquinár la destruccion de los felices lazos que estrechaban sus corazones.

VIII.

Julio y Lelia se veian cuando al ponerse el sol la oscura noche desplegaba su encanto sobre el cielo, y la luna que rielaba en el mar era testigo de sus juramentos, depositaria de sus confianzas y protectora de sus amores.

IX.

Los padres de la joven conocieron su pasion acogiéndola con el mayor placer. — Este consentimiento, que llenaba de dicha á los amantes, encendia mas y mas en Ramiro el deseo de venganza.

X.

No dejaba pasar la menor ocasion de turbar la ventura de los enamorados pescadores. — Con mil ardides, aunque encubierto con el manto del misterio, procuraba inspirar recelos á sus ancianos padres.

XI.

Pero todo era en vano: las virtudes de Julio y el entrañable amor que profesaba á Lelia aumentaban cada dia el cariño, que no solo ellos sino cuantos le conocian le profesaban.

XII.

Al ver lo infructuoso de sus planes, busca nuevos recursos y hace llegar á los oidos de Lelia que su amante falta á sus juramentos: para lograr su fin se vale de cuantas tretas puede fingir una imaginacion avivada por el huracan de los celos. Mas nada lograron sus infames artificios. — Lelia escucha de los labios de Julio la expresion de su amor y sus frases son verdaderas, son hijas de su alma, porque así lo manifiestan su sencillez y sentimiento.

XIII.

Su amor crece á medida que el tiempo en su carroza tirada por las horas, camina rápido hácia la eternidad, se aumenta con las dudas que nacen y espiran en los corazones de los dos enamorados.

XIV.

Julio posee dos barcas perfectamente pertrechadas y es además ahijado de una rica señora que le ama como á un hijo. — Julio no tiene padres; los perdió siendo niño y quedó bajo el amparo de su madrina y protectora.

XV.

Mas de una vez le ha aconsejado que trocarse el oficio de pescador por la carrera de las armas ó cualquier otro oficio; pero Julio desoia sus consejos. Sus padres fueron pescadores; su herencia eran dos lanchas, y el hijo debía disfrutar la herencia de sus padres.

XVI.

Lelia por otro lado contaba con su pequeño ajuar y algunos ahorrillos que sus padres le destinaban; pero poseia la joya mas estimable, el tesoro mas grande que puede darse; un alma pura, virtuosa; un alma de ángel, en fin.

XVII.

Julio se decide á pedirla á su padre por esposa. Llega á la habitacion en donde están los venerables ancianos, les manifiesta sus deseos y mira con el mayor placer colmarse su esperanza. Los padres de la joven le conceden licencia para sus bodas. Besa el dichoso pescador su mano en señal de reconocimiento y sale presuroso de aquel sitio. Su alegría necesita expansion, aire.

XVIII.

Corre á buscar á su madrina; cuéntale el triunfo conseguido y parte á la ribera donde está su adorada. Lelia no ignora su felicidad. Verse, expresarse sus sentimientos, disfrutar de una inmensa alegría y bendecir á Dios todo en silencio, es obra de un instante. En aquel momento sus almas se tocan mas de cerca... su ventura comienza á ser mayor.

XIX.

La nueva se difunde por el pueblo, llega á Ramiro, y al escucharla tiembla de coraje. No, exclama, no verán realizarse sus deseos, lo juro por mi vida.

XX.

Parte del sitio donde se encuentra, se dirige á la playa, llega, convoca á varios pescadores despreciados de Lelia, refiéreles la union que va á verificarse, enciende en su pecho la hoguera de los celos, inspírales el odio y los apresta á la venganza.

XXI.

Entretanto Lelia y Julio sueñan con el dichoso porvenir que se ofrece á sus ojos, y mil y mil imágenes de ventura deleitan su corazon sencillo y virtuoso.

XXII.

Ramiro acuerda con sus amigos los medios de venganza... sus ojos centellean... su corazon late con violencia; en su rostro se pinta la ansiedad.

XXIII.

Apénas el crepúsculo ostenta sus variados colores, se ven votar al agua algunas lanchas. Una de ellas conduce á Lelia, que sale como siempre á echar la red y buscar el sustento á sus ancianos padres. Otras alegres pescadoras, imitándola, se lanzan á las movibles aguas.

XXIV.

El cielo se ha cubierto de oscuras y preñadas nubes que enturbian los brillantes colores del crepúsculo y ocultan la misteriosa claridad de la luna... La mar crece, el cierzo hincha las velas, impele con mayor celeridad los pequeños esquifes y azota el espumoso oleaje contra las escarpadas rocas.

XXV.

Julio va á lanzar su barquilla; pero la voz de Anselmo le detiene. — Corre, hijo mio, dice, corre y devuélvenos á nuestra amada hija. Una de esas tempestades frecuentes en otoño amenaza con intensidad y es poco para resistirlo en el mar una endeble barquilla. Corre y volved al punto.

XXVI.

Julio arroja su esquife á las rugientes ondas y boga con destreza y rapidez. Apénas ha cortado con el timon la espuma cuando resuena en la celeste bóveda un espantoso trueno y comienza á desprenderse de las nubes una copiosa lluvia que azota el viento con violencia, la barca se ve y se pierde entre las olas, y vuelve á aparecer: Anselmo se cobija bajo el techo de su mcrada, la inquietud se retrata en su semblante.

XXVII.

Brilla un relámpago á cuya claridad se descubre el espacio del mar. Retumban en la cóncava esfera un trueno y otro trueno, el igneo rayo se precipita desde etérea cumbre á las revueltas aguas y se sepulta en líquido seno, las centellas serpean, los cabellos del ángel de la tempestad agitados por el aquilon se extienden por el espacio y oscurecen el azulado color del firmamento... Julio boga... Lelia ha torcido el timon de su esquife y se encamina hácia la playa; con la oscuridad no ha divisado la barca de su amante que ha pasado á su lado.

XXVIII.

Cinco barcas siguen con rápido bogar la de la triste Lelia. En tanto sus afligidos padres temen por su tardanza é invocan á la Virgen para que la liberte de la furia del mar.

XXIX.

De pronto el esquife de la amante de Julio encuentra una barrera: no puede adelantar un solo paso; Lelia se estremece, ve saltar á su barca un bulto y reconoce á Ramiro. A su vista no puede ménos de lanzar un grito que se pierde entre el rumor de las olas y los vientos. Julio vira el timon de su lancha buscando á Lelia por do quiera, pero Lelia no parece y el enamorado mancebo comienza á inquietarse.

(Se concluirá.)

El Egipto.

UNA CASA EN EL CAIRO. — LA MEZQUITA DEL CALIFA HAKEM-BEMRILLAH. — LA ISLA DE ELEFANTINA.

Copiamos á continuacion una correspondencia fechada en el Cairo donde hallarán nuestros lectores algunos detalles curiosos entre las correspondientes explicaciones de los dibujos que acompañan. Dice así:

Me preguntas, mi querido amigo, qué género de casa habito en el Cairo y esperas sin duda la descripcion de algun palacio con toda clase de primores como aquellos que se mencionan en los cuentos orientales; si es así te llevo un gran chasco. Vivo en el fondo del *Musky* barrio reservado á los comerciantes europeos, que han establecido en él sus tiendecillas de sastres, de joyeros, de novedades, etc. Cerca de las casas las verduleras tienen sus montones de hortalizas; es una confusion inexplicable. Nada puede compararse con los clamores que lanzan los fellahs egipcios regateando el precio de las cosas que compran. De esas calles sale un murmullo incesante, en el que los asnos, los perros y los camellos tienen tambien su parte.

En la esquina de la calle que conduce á mi casa hay una parada de burros y es curioso ver como sus amos en cuanto distinguen á un europeo corren á él y le persiguen para que tome un asno. Cuando por fin el extranjero se desembaraza de esas violentas importunidades, se encuentra en una callejuela muy estrecha donde las dos hileras de casas se aproximan tanto por arriba que impiden que penetre el sol. Allí todo está sosegado, no se oye ni el eco del ruido y los clamores de la ciudad; á la extremidad de esta calle se abre un ancho jardin y en este jardin se eleva mi casa.

Esta casa es pequeña y de una sencillez arquitectónica muy primitiva: algunos troncos de palmeras lo sostienen todo; las paredes son de adobe; las ventanas todas torcidas tienen persianas que no cierran; pero; oh felicidad! un conducto cuadrado que sube hasta el tejado llano en forma de azotea, prueba que podré hacer lumbre durante los frios del invierno. Por dentro igual sencillez; mi cuarto bastante grande está adornado con una estera del Kordofal y un divan compuesto de un colchoncillo cubierto con una funda amarilla de ramajes azules. Mi cama rodeada de su mosquitero, se apoya en un tabique donde se ve un papel comprado en Marsella; en una mesa recado de escribir y en otra dos pipas y un rosario musulman, y por fin, á guisa de asientos tres sillas de tijera que traje de mi tienda.

Cuando me asomo á mi ventana mi vista se recrea en un jardin de flores olorosas con bosquecillos de palmeras. Un arce enorme extiende sus ramas sobre un estanque lleno de agua verdosa que cubren mil vegetaciones acuáticas cuyo nombre ignoro. Además veo apartados de hermosas legumbres, coles, habas, espinacas y malvas tambien; pues la malva es muy apetitosa para el paladar de las mujeres árabes. Luego sobre este hermoso huerto se extiende un cielo tan azul, tan transparente que nunca me puedo cansar de contemplarle. A veces veo pasar mujeres por el jardin que sin pensar en mis ojos, van andando con sus anchos vestidos azules y descubierta su fino rostro bronceado, hablando con una voz de una suavidad inefable, cargadas con unos cántaros que sostienen sobre sus hombros con una gracia antigua, y denotando en cada uno de sus ademanes una elegancia natural que en vano buscaríamos en las mujeres civilizadas de nuestros países.

Ya me conoces bastante, amigo mio, para saber cual es mi género de vida. Salgo mucho, me paseo, miro, examino, me pierdo por las calles y encuentro mi camino despues de mil rodeos llenos de curiosidades desconocidas. Por la noche pongo en órden mis notas del dia, escribo algunas cartas á mis amigos, y me duermo pensando en volver á la misma tarea al otro dia. Sin embargo, entre los monumentos del Cairo que visito hay uno que prefiero á todos los demás, y es la mezquita del califa Hakem. Pero ántes de hablarte del edificio, voy á decirte dos palabras de su fundador, pues el asunto lo merece.

Fué Hakem-Bemrillah, hijo de Azis, el tercer califa fatimita de Egipto. Once años tenia cuando subió al trono en el año 386 de la egira que corresponde al 996 de la era cristiana. Lo primero que hizo despues de libertarse de la tutela de su ayo de Argehevan fué salir contra un adversario que se suponía sucesor legitimo de los califas omniades: Hakem le venció, le mandó atar sobre un camello y colocó á su lado un mono que le dió golpes con una piedra en la cabeza hasta que le quitó la vida.

Hakem no estaba contento con ser califa; la idea de la omnipotencia le cegaba hasta el punto de volverle loco ó poco ménos. Obligó á los habitantes del Cairo á iluminar sus casas y sus tiendas durante la noche; prohibió á las mujeres que salieran aun con velo, y mandaba dar de latigazos á los que infringian esta órden. Por último un dia pegó fuego á la ciudad del Cairo y soltó en medio del incendio á los soldados que saquearon, mataron y violaron como en pais conquistado.

Habiendo hecho estas atrocidades y pensando que la tierra no bastaba para satisfacer su ambicion, quiso escalar el cielo, se hizo dios por un decreto y mandó publicar con trompetas los nombres de 16,000 personas que reconocian su divinidad. Todas las noches subia al monte Mokattam, observaba allí los astros, conversaba con los habitantes del cielo y promulgaba al volver al Cairo algun nuevo decreto cruel é insensato. Como no era ya dudosa su intencion de abolir el islamismo, substituyendo el culto de su propia persona al del Dios revelado á Mahoma, aquellos á quienes amenazaba incesantemente con la muerte se reunieron contra él; su hermana y el jefe del ejército se pusieron á la cabeza de la conspiracion y asesinaron al califa Hakem, una noche que se hallaba en el Mokattam mientras se entregaba á sus conjuraciones cabalísticas.

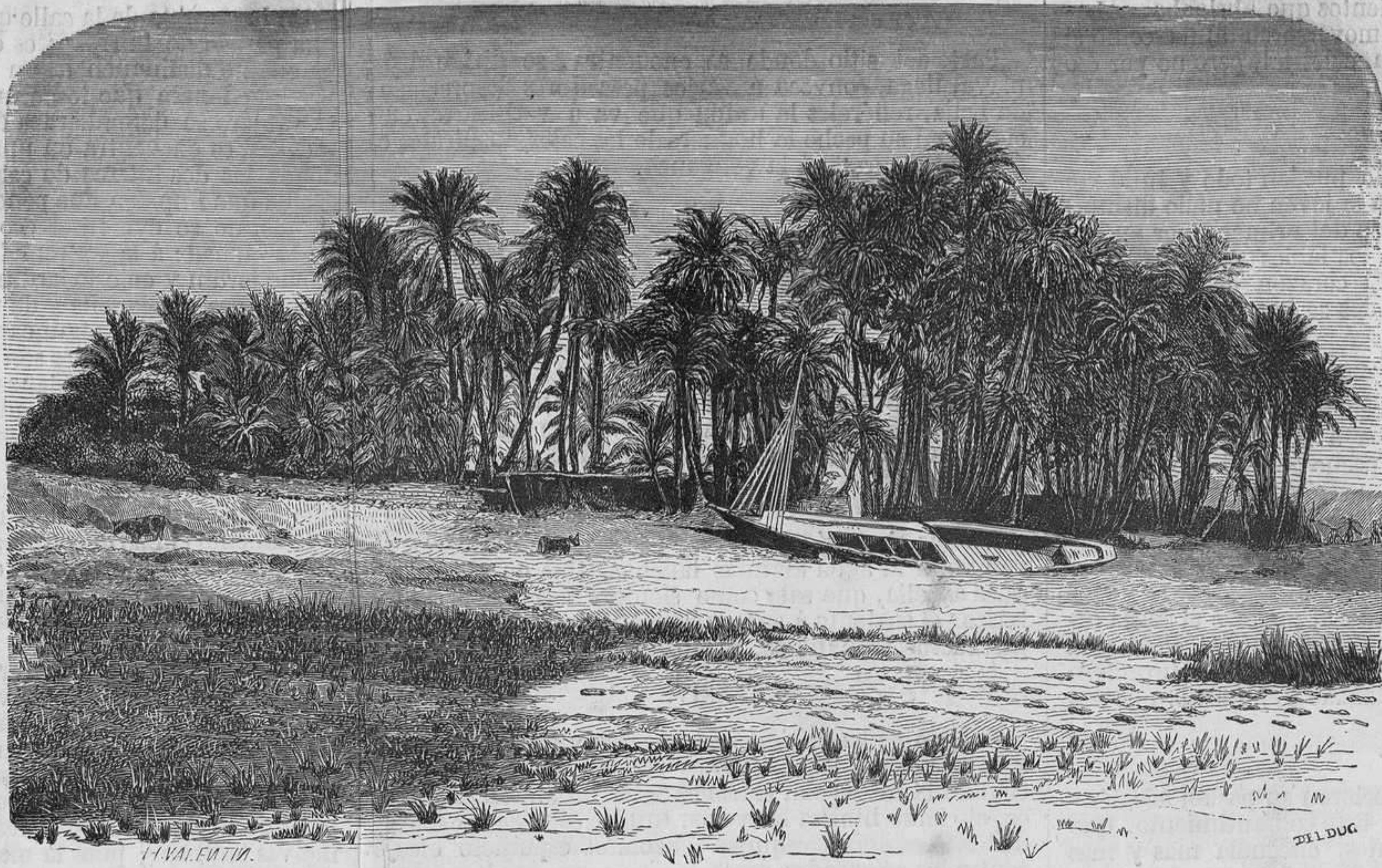
La secta fundada por Hakem vive todavía; la historia habla mucho de ella bajo el nombre de *secta de los asesinos*; hoy se perpetúa entre los Druzes del Libano que consideran á Hakem como la última encarnacion humana de la razon universal.

Su mezquita que fué una de las principales del Cairo, está hoy ruinosa; la habitan los lagartos, los alacranes por sus escaleras, y la yerba crece por todas partes. Es curiosa sobre todo por sus dos minaretes que rodean sólidos muros almenados. El minarete propiamente dicho se compone de un ancho cuadrilátero de ladrillos, guarnecido de un pretil muy horariado segun la moda árabe, y que termina en una plata-forma de donde se lanza una especie de belvedero cubierto. Dicese que el califa Hakem quemaba plantas de olor á carretadas en estos minaretes y se iba al Mokattam á respirar su perfume; pero no he encontrado nada que pueda acreditar esa

suposición; los orientales son amantes de lo maravilloso y no es de extrañar que añadan mil locuras espléndidas á las extravagancias del califa Hakem.

Sea lo que quiera sobre el destino positivo de los minaretes, lo cierto es que como dije, la mezquita se halla hoy completamente abandonada; todo el mundo puede pasearse por ella, y yo usando de esta libertad iba á sentarme con frecuencia á la sombra de los muros sostenidos por pilares que parecen tomados de los monumentos de la decadencia romana. No puede uno hacerse cargo de la distribución interior del edificio en medio de tantos escombros; pero se puede ver que era inmenso y que se hallaba dividido en salones cuadrados y rodeados sin duda anteriormente de construcciones de caridad, como colegios, hospitales, y cocinas públicas para los pobres. Es de la época mas brillante de la arquitectura árabe.

El silencio que reina en estas ruinas se halla á menudo interrumpido por el bramido quejumbroso de los dromedarios, pues muy cerca de sus muros desmoronados los beduinos del desierto de Siná han establecido su punto de reunion. Allí depositan las cargas de su caravana y viven tan satisfechos al aire libre. La vida es buena y fácil en Oriente. En mis dias de tristeza yo pienso en el Oriente, en esos países privilegiados de la naturaleza, pienso en sus palmeras, en sus arenas y en su reposo, y me digo: «Allí quiero enterrar los últimos años de mi vida.» Pero no será en el Cairo donde fijaré mi residencia, si me decido á dejar mi patria, no será en esa ciudad chillona, tumultuosa, llena de movimiento, sino que iré mas allá; subiré el Nilo, el rio mas hermoso y mas grande del mundo; iré hasta los confines



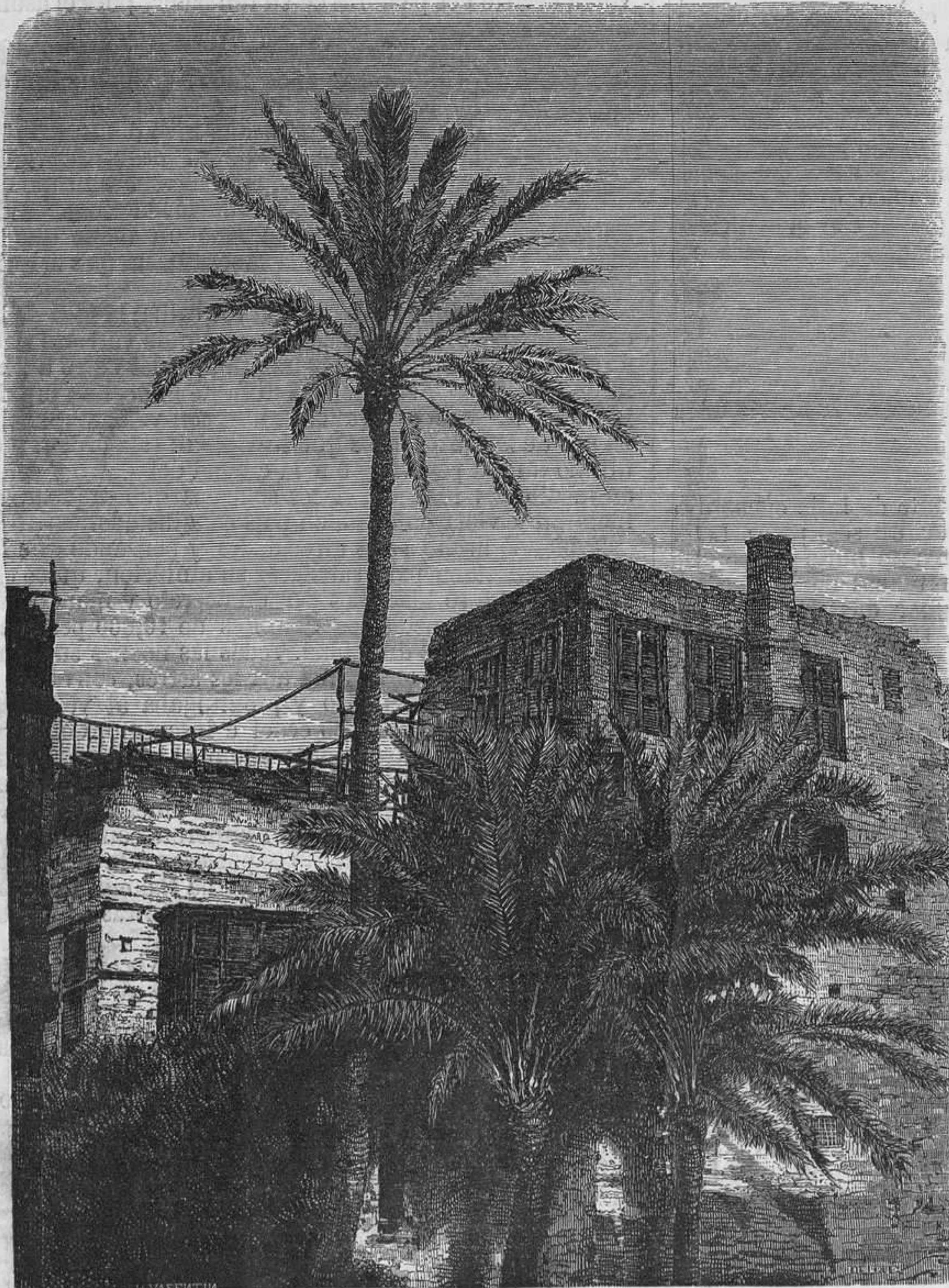
La isla de Elefantina en los confines del Alto-Egipto y de la Nubia.

del Egipto, hasta las fronteras de la Nubia.

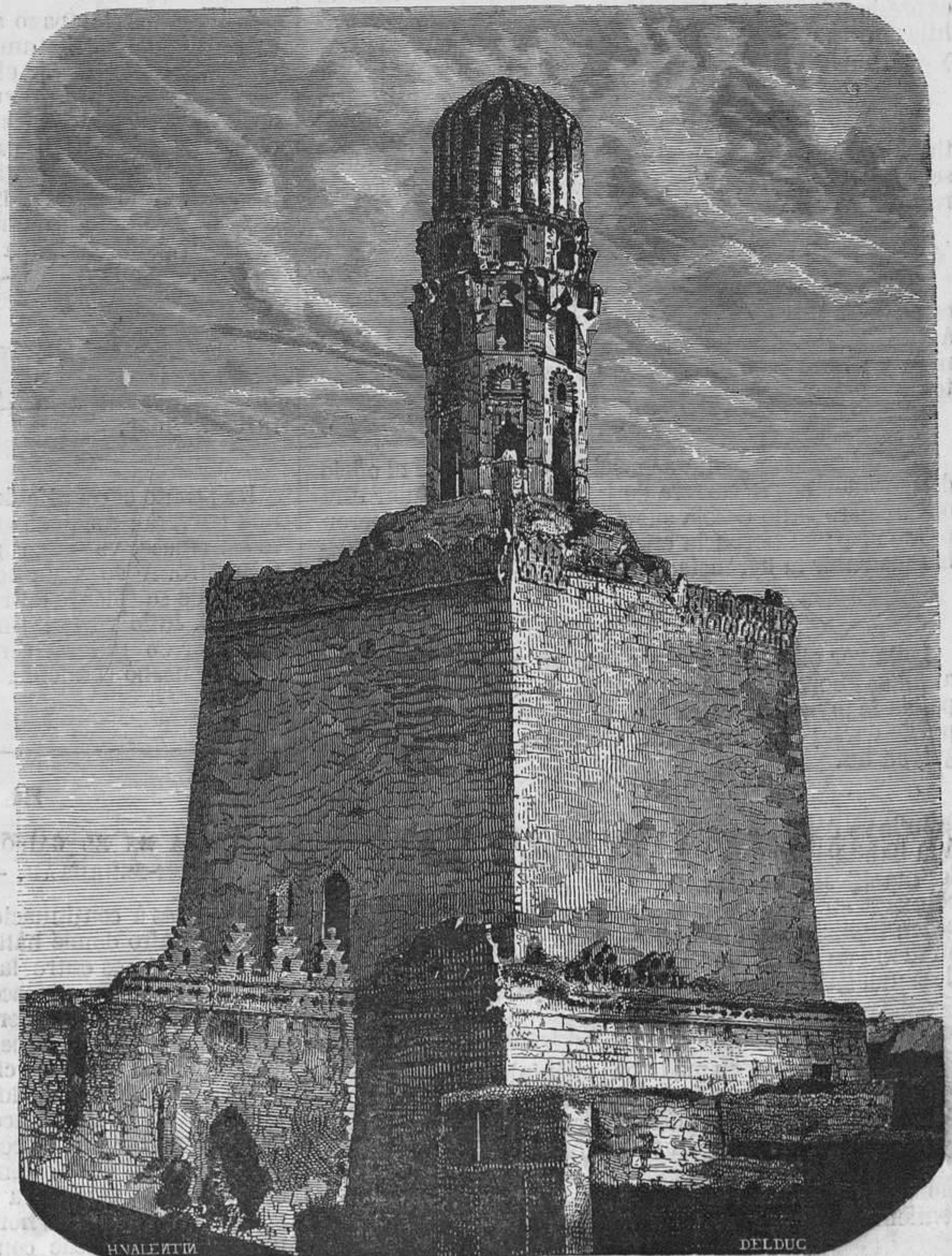
He llegado, pues, mi querido amigo, y voy á decirte dos palabras sobre mi nueva patria; es la isla de Elefantina, la Siena de los antiguos. Hubo aquí en otro tiempo templos asombrosos de los cuales se podrian encontrar ruinas todavía, pero no son ruinas lo que yo busco; á Dios gracias, de todas las vanidades de este mundo, la vanidad arqueológica es la que primero he abandonado. Enfrente de nosotros, á la falda de esa montaña arenosa coronada con una mezquita abierta á todos los vientos, está Assuan, un pueblecillo que será grande, pues es el depósito natural del comercio del Egipto con las comarcas del Nilo superior. Esas barcas amarradas á la orilla vienen del Sennaar y de Fazoglu, cargadas de plumas de avestruz, de colmillos de elefante, de cuernos de rinocerontes, de goma y de esclavos. Ese desfiladero que se distingue mas allá en la mon-

nunca. De trecho en trecho se eleva la choza miserable de un fellah, pobres habitaciones donde viven esos hombres pacíficos y buenos que la horrible tiranía de los turcos no ha podido insurreccionar todavía. En otros puntos se ven norias, movidas por un buey ó por un asno, de donde sale el agua que riega la campiña; el que guía los animales entona un canto monotonico cuyos tristes acentos se hallan en armonía con el sonido agudo que produce la rueda. Las garzas reales y las cigüeñas marchan entre la yerba; las tórtolas arrullan en las palmeras, el Nilo lleva un murmullo suave, el cielo es azul, el sol brilla. Se respira una paz íntima y serena que convida á quedarse aquí hasta la muerte léjos de todo cuidado, léjos de todo capricho contemplando la obra de Dios, y dándole gracias por habernos concedido la vida.

M. C



Una casa del barrio de Musky en el Cairo.



Minarete de la Mezquita del califa Haachum en el Cairo.